

BENTONI, ALBERT F.

BIBLIOTECA FEMENINA
LA NOVELA FILM

LOS HIJOS DE PARÍS

LA NOVELA DE UNA OBRERA

por TRAMEL, LUCIEN DALSACE Y MADYS



N.º 5

UNA
PESETA



BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

•• Calle de Lauria, núm. 98 - BARCELONA ••

LOS HIJOS DE PARIS

(LES ENFANTS DE PARIS, 1924)

LA NOVELA DE UNA OBRERA

Según la célebre novela de LÉON SAZIE

Realizado por A. F. BERTONI

PRINCIPALES PROTAGONISTAS:

TRAMEL, LUCIEN DALSACE

Y MADYS

Les Grandes Producteurs Cinématographiques - PARIS

EXCLUSIVA DE
EMPRESAS REUNIDAS, S. A.

Paseo de Gracia, 56 - BARCELONA



J. BORTA, Impresor - Gracia, 11 - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

Revisado por la
censura n° 1111

LOS HIJOS DE PARIS O LA NOVELA DE UNA OBRERA

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

La rosa de Montmartre

Bajo el cielo de París, corazón y cerebro del mundo, que tiene el Arco del Triunfo como símbolo de sus glorias, la torre Eiffel cual una muestra representativa de su progreso y la gran Plaza de la Concordia como exponente de su vida tumultuosa, nacieron al amor los protagonistas de esta novela, página arrancada de la vida real.

Ni el sueño ni las sombras resisten al influjo del soplo poderoso de la «Ville Lumière»; y la noche, lo mismo que el día, da marco a las escenas de aventuras, de placer y de dolor en las que ponen su alma los moradores de la gran urbe.

En la parte más elevada de la ciudad, como hiedra aferrada a su glorioso pasado, destaca un barrio histórico: Montmartre, rico en leyendas de arte y de pasión, de crímenes y de sacrificios.

Amanece. Lentamente asoma la luz del alba, como temerosa de turbar el sueño de los que duermen esperando el día.

Es la hora en que se recoge el París trasnochador y bullanguero, y también aquella en que el París humilde y laborioso empieza las faenas de la nueva jornada.

Multitudes de artesanos, de obreros y de modistas cruzan por las calles, camino del trabajo.

Resuenan los gritos de las fábricas lanzando su imperiosa llamada, y un estremecimiento vital hace vibrar a la ciudad industriosa.

En una casita de Montmartre, modesta y pulcra, se abre una ventana dando paso al sol, y Ginette Vincent, jovencita llena de gracia, hija única de un obrero, dirige una mirada alegre y confiada a la calle.

Es Ginette una morena de ojos negros, boca jugosa de labios encendidos y cuerpo prieto y flexible, como de mujer en flor cuyas pasiones permanecen ocultas porque las flechas de Eros no han herido todavía su corazón.

Juventud, bondad y belleza son los dones con que ha querido favorecerla el hada madrina que presidió su nacimiento.

¿Que cuántos años tiene Ginette?, pregunta usted, amable lectora.

Pocos, diecinueve nada más.

¿Cómo, deseará usted saber si es bonita?

Es usted muy curiosa, pero no me resisto a satisfacer su curiosidad. Ginette es casi tan bonita como usted, lectora.

Y ahora no me haga nuevas preguntas, pues temo que no sabría contestarlas.

Seguiré yo hablando por mi cuenta, y para

ejemplo de muchachas perezosas diré que Ginette se levantaba todos los días a las seis de la mañana, y que una hora después, fresca y rosada como la aurora, entraba en el comedor de la casa, donde su padre, el contra maestro Vincent, tomaba el desayuno que le servía su esposa, la buena señora Sidonia.

Rudo de carácter, violento a veces, de pensamiento recto y corazón todo nobleza, el contra maestro era hombre amigo del cumplimiento del deber. Por eso, aun queriendo mucho a los suyos, no dejaba que el cariño le cegase cuando una falta ponía en entredicho la conducta de su familia.

Afortunadamente, Vincent nunca tuvo que censurar a nadie. No hablemos de su esposa, mujer tímida y silenciosa que amaba y respetaba a su marido, desviviéndose por complacerle; la misma Ginette, no obstante su juventud, jamás dió el menor pretexto para una reconvención.

Había en este hogar calor de ternura, y en él, después de las horas de trabajo, padre e hija encontraban un refugio, en el que, de noche, terminada la diaria labor, oíanse los rumores familiares de esas existencias apacibles que ninguna inquietud sobresalta.

La buena señora Sidonia era como el ángel tutelar de la casa, donde ella quedaba mientras Vincent estaba en la fábrica y Ginette en el taller.

En estas primeras horas de la mañana, el contra maestro y su hija se disponían a salir, para emprender cada uno su obligada faena.

Con un beso saludó Ginette a sus padres, beso que hizo sonreír a Sidonia y que alegró al noble Vincent, aun cuando su severo rostro no reflejase el contento que la caricia le producía.

Sencillos en sus costumbres, mientras Vincent tomaba el desayuno leyendo un diario y Ginette coqueteaba—¿por qué no, si es joven, mujer y guapa?—delante del espejo, la señora Sidonia iba y venía con una ligera sonrisa en su rostro maternal, maduro por los años y la ternura.

En esto oyóse en la calle una voz amiga, una voz un poco ronca, pero tan alegre y divertida que, por un instante, se siente el deseo de asomarse a la puerta de la casa del contramaestre para oírla mejor.

Era el pintor Martel quien hablaba, y Martel es uno de los hombres más graciosos de Montmartre.

Detenido en la acera, galanteaba a la dueña de un cafetín de la esquina, pues él, solterón impenitente, que con igual pasión cultiva a la mujer joven que al vino viejo, siempre se halla dispuesto a donjuanear.

Ella, marchosa y guapetona, no parecía disgustada por los requiebros de este bigardo un poco entrado en años, dicharachero y zambón.

—Vaya, confiesa de una vez que estás chiflada por mí—insinuó Martel, atusándose un bigote rebelde y casi espeluznado.

—¿Usted cree?

—Estoy seguro... como que en cuanto me ves, ya no tienes ojos sino para mirarme.

—A usted le continúa el mareo del vino que bebió ayer.

—A mí sólo me mareas tú.

La buena hembra agazapó debajo de los párpados una mirada burlona.

—¡Cuidado que tiene usted fantasía!

—¿Fantasía, dices?... Lo que tengo es labia y tipo.



El pintor Martel.

TRAMEL.

Y Martel sacó el pecho y giró en redondo, haciendo alarde de su gallardía, una gallardía imaginaria, pues ya hacía bastantes años que había cumplido los cuarenta.

Mientras tanto Ginette daba los últimos toques a su linda figurilla y se colocaba el sombrero.

Vincent frunció el ceño viendo la calma de su hija.

—No pierdas el tiempo, que ya es hora de ir al taller—le dijo el contramaestre mirando su reloj de bolsillo.

Ginette despidióse con un beso y salió.

Al llegar a la puerta se detuvo.

Martel seguía piropeando a su última conquista.

Las miradas de la joven y del pintor se cruzaron y ella adelantóse hacia Martel.

—¡Buenos días, padrino!

—Hola, pequeña.

Ginette picardeó los ojos.

—Me gustaría saber qué cebo pone usted en el anzuelo de sus palabras para tener tanto éxito con las mujeres.

—¿Cebo? ¡Ninguno! Se enamoran de mí porque... porque sí. En cuanto les digo: «Aquí estoy yo, Martel, pintor y pinturero», se ponen más dulces que un caramelo y más blandas que una almohada de pluma.

—Eso es suerte.

—Y tipo, Ginette. Fijate en mí y verás.

La joven lanzó un chorro de risa.

—Bueno, padrino, le dejo.

—Adiós, pequeña.

Martel se contoneó y sus ojos se llenaron de alegría siguiendo a Ginette, su encantadora ahijada, el único gran cariño que tenía en el mundo.

—Las ocho—dijo de pronto el pintor, dándose cuenta de que su andamio de albañil le esperaba para que reanudase el trabajo.

A la misma hora, Garnier, director-propietario de una empresa importante, se hacía servir el desayuno en el «hall» de su hotel, huyendo del calor del verano que comenzaba a dejarse sentir.

—¿Duermes aún mi hijo?—preguntó al camarero.

—Creo que sí.

—Pues despiértalo y dile que le espero.

Andrés, el hijo de Garnier, disfrutaba de un profundo sueño cuando entraron a llamarle.

—Señorito...

Con la cabeza oculta debajo de las ropas, Andrés no se movió.

—Señorito...

El criado titubeaba. Ninguna comisión tan desagradable como la de interrumpir el sueño del que no quiere despertarse.

—El señor me ha encargado decirle... que le espera abajo.

Andrés se revolvió iracundo.

—¡Largo de aquí, imbécil! ¿No sabes que me he acostado al amanecer?

—Son las ocho...

—Aunque sean las doce. ¡Déjame en paz!

Mohino y con desaliento retiróse el criado, y el hijo de Garnier desperezóse tratando de dormirse de nuevo.

Sin embargo, Andrés no era holgazán. Sus veintitrés años conocían perfectamente lo que es el hábito del trabajo. Ahora que, algunas veces, su juventud se fatigaba apurando la copa de los placeres hasta altas horas de la noche, y cuando esto

sucedía, al día siguiente no había quien lo levantara temprano.

Por lo demás, Andrés era un muchacho excelente, tan agradable como usted, lectora, pudiera desearlo.

Mas no adelantemos los acontecimientos.

Son las nueve.

Encaramado en un andamio, Martel ha dado paz a su brocha, porque una doncella ha surgido delante de sus ojos en uno de los balcones de la casa cuya fachada está revocando el pintor.

¿Y qué va a hacer él sino seguir la corriente de su vocación amorosa?

El diálogo se enzarza, y Martel se distrae de tal manera que no advierte que su brocha suelta un chorreón de pintura, hasta que una voz irritada que sube de la calle no se lo da a entender.

Debajo del andamio, un viejo verde que perseguía a una modista ha sufrido las consecuencias de su donjuanismo y del donjuanismo de Martel.

—¡Es usted un canalla!

El pintor sonrío comprensivo desde lo alto del andamio.

—No se enfade usted, caballero, y ahórrese las palabras gordas. Todo ha sido una broma de Cupido.

El viejo contempla su sombrero de copa estropeado y eleva la voz hacia el impasible Martel, el cual, sin perder su continencia, le aconseja:

—Vuélvase usted a su casa, señor, y tómese una ducha para calmarse los nervios. En cuanto al sombrero, eso lo arregla usted con cincuenta francos. ¡También los sombrereros tienen derecho a la vida!

Y al hablar así, pensaba en la risa que este inci-

dente arrancaría a su ahijada en cuanto se lo contase.

Ginette se hallaba en aquel momento en el taller de la casa de modas de Martha Regnier, adornando con sus hábiles manos la armazón de un sombrero de mujer que debía ser uno de los modelos de la temporada próxima.



Ginette se hallaba en aquel momento en el taller de la casa de modas de Martha Regnier, ...

La película de oro de la mañana seguía desarrollándose en el cielo azul. El sol iba dilatando su horizonte, avanzando por su ruta diurna.

Eran ya las diez y Garnier continuaba esperando a que su hijo se levantara.

Acababa de llegar su socio, el capitalista Dubois, acompañado de su hija.

—¿Y Andrés?—preguntó la joven.—Ya debía estar aquí. Mamá nos espera en el coche para llevarnos al campo de «tennis».

—No se extrañe usted, Magdalena. Mi hijo no tiene noción del tiempo. Lo mejor sería que se fueran ustedes sin esperar y él les saldrá allí al encuentro.

—Entonces, tenga usted la bondad de decirle que no se retrase.

—Descuide usted.

Magdalena saludó con la mano y envió un beso a Dubois.

Hasta luego, papá.

Ella y Andrés eran prometidos oficialmente desde hacía tres meses.

Después de una noche de francachela, Andrés encontraba penoso acudir a la cita que tenía con su novia. Hizo un esfuerzo para ahuyentar el sueño y se echó de la cama.

—No hay más remedio—lamentóse.—De aquí en adelante, siempre que tenga que levantarme temprano procuraré no acostarme tarde... Esto es un poco difícil. ¡Se ven tantas mujeres bonitas después de las doce de la noche! ¡Y algunas son tan caprichosas!...

Con un entusiasmo juvenil pasó un vistazo a sus últimos recuerdos y empezó a vestirse sin prisas, como si no le estuvieran esperando.

Daban las once cuando salió.

Su coche pasó por delante de la fábrica en que trabajaba Vincent, que aquel día estaba de mal humor.

El contramaestre censuraba en aquel momento a un operario.

—El trabajo que usted ha hecho sería capaz de

mejorarlo cualquier aprendiz. Voy a exponerme, por culpa de usted, a que el ingeniero me saque los colores a la cara.

—¿Qué tiene mi trabajo?—preguntó el operario.

—Pero no lo ve! Como no ponga más cuidado, por mucho que lo sienta tendré que despedirle.



—Perdóneme mi retraso, Magdalena. Después de una noche en claro,...

Minutos más tarde, Andrés llegaba al campo de «tennis».

—Perdóneme mi retraso, Magdalena—exculpóse con su promerida.—Después de una noche en claro, no se puede madrugar.

—Lo importante es que hayas venido—repuso la joven,—para qué decidamos el empate de ayer.

—Estoy a tu disposición.

—Desde las once en adelante, ¿no es eso?

—Y desde mucho antes, si tú me lo ordenas.

Comenzó el partido, que duró hasta las doce, hora en la que los jugadores abandonaron el campo y en que los trabajadores suspendían su tarea.

También se abrieron las puertas de la casa de modas de Martha Regnier, y Ginette, con una de sus compañeras, apareció en la calle.

De un santos descendieron Andrés Garnier y su amigo Gastón Faubert.

Las dos modistas fueron pronto objeto de la contemplación de los jóvenes, quienes, cambiando de rumbo, en vez de entrar en el restaurante al que se dirigían, avanzaron hacia las muchachas.

—Nos siguen—dijo Ginette con alguna turbación.

—Mejor, así nos divertiremos—repuso su compañera.

Gastón y Andrés las abordaron francamente. Hubo un instante de duda por parte de Ginette, y poco después los cuatro charlaban como antiguos conocidos alrededor de una mesa de la terraza de un café.

Como su ahijada, Martel también había suspendido el trabajo. Pero antes de descender del andamio apoderóse de un ramo de flores que descubrió en una ventana y adornóse con él su blusa de albañil.

—Hoy sí que no se me resiste ninguna—se dijo, encaminándose al cafetín en que ya le esperaba su amigo y rival en amores, el gordo Luis.

La dueña del cafetín, la mujer que horas antes había gustado ya de los galanteos del pintor, al verle sintió el muy femenino capricho de poseer las

flores que lucía Martel y que despertaron los celos del gordo Luis.

—¿Dónde ha encontrado usted esas rosas?—preguntó.

—Estas rosas son el talismán del amor. Sin embargo, renuncio a ellas si a usted le gustan.



...y poco después los cuatro charlaban como antiguos conocidos alrededor de una mesa de la terraza de un café.

La mujer se apresuró a aceptar el ofrecimiento.

—Gracias; es usted muy amable.

—Quizás huelan un poco a trementina—observó el pintor,—por haber estado cerca de los barnices; pero ese olor lo anulará usted con el aroma de sus labios.

El gordo Luis hizo una mueca de disgusto.

—No te pongas triste—le dijo Martel.—Hace tiempo que debías saber que la patrona está por mí.
¡Naranjas!—repuso el gordo incomodado.

Martel guiñó un ojo a la dueña y se acarameló, inclinándose sobre el mostrador.

No lejos de allí, Andrés y Gastón, con las dos obreras de Martha Regnier iniciaban un torneo en el que Gastón y la amiga de Ginette eran los actores, mientras ella y Andrés se miraban un poco confusos, sin atreverse a hablar con esa turbación deliciosa de los jóvenes que por primera vez se ven y adivinan que el destino los ha reunido para hacerlos marchar juntos por los caminos del mundo.

Notando el silencio de su amigo, Gastón trató de animarlo.

—Perdonen, señoritas, el que no nos hayamos presentado aún—dijo.—Yo soy Gastón Paubert, arquitecto, y mi amigo es mi secretario, Andrés Garnier.

Aquella noche, durante la cena, Vincent observó que su hija dejaba de comer, distrayéndose con frecuencia, como si se ensimismara en algún recuerdo.

—¿En qué piensas?

—En nada, papá.

—¿Por qué no comes, entonces?

Ginette no contestó a esta pregunta y sonrió con el rostro iluminado por el recuerdo de las frases galantes de Andrés, que seguían sonando en sus oídos como el canto de un pájaro de garganta de oro.

A la misma hora, en casa de los Dubois, la madre de Magdalena decía a su marido haciéndole notar la intimidad con que hablaban, un poco aparte, Magdalena y su prometido.

—Los amores de esos muchachos van por buen camino. Creo que la felicidad de nuestra hija está asegurada.

Al día siguiente, a la salida del trabajo, Martel sorprendió a su ahijada con Andrés.



—¿En qué piensas?

—En nada, papá.

Su primer pensamiento en cuanto los vio fué de temor y desconfianza.

¿Quién era el joven que acompañaba a Ginette? Con expresión fosca se acercó.

Ginette separóse de Andrés un poco inquieta.

Pero el rostro de Martel volvió a serenarse. Le había agradado el aspecto del joven.

—Aquí sobra uno—dijo—y, si no me equivoco, ese soy yo.

Luego, ante el asombro que revelaba Garnier, añadió:

—Soy un artista, el pintor Martel y padrino de Ginette.

Los dos hombres se estrecharon la mano.

—Tú conviene que te vayas en seguida a casa—prosiguió, dirigiéndose a su ahijada.—Tu padre debe estar ya impaciente.

Era cierto. Vincent comenzaba a preocuparse por la tardanza de su hija.

—No me explico por qué esa muchacha no está aún aquí. Hace dos horas, lo menos, que debió salir del taller.

—Es posible que la haya retenido algún trabajo urgente—insinuó la señora Sidonia.

Y, en efecto, esta disculpa fué la que utilizó Ginette para justificar su retraso.

—No es mía la culpa si vengo tarde—dijo, contestando a las preguntas de su madre.—La señora Regnier me obligó a terminar un trabajo que urgía y he salido ahora del taller.

La familia se puso a la mesa sin que el semblante de Vincent se hubiera serenado completamente.

Entretanto Martel, velando por el porvenir de su ahijada, quedábase con Andrés y juntos tomaban asiento en un puesto de bebidas.

—Antes que el alcohol se apodere de mis ideas—comenzó diciendo el pintor—es preciso que hablemos claro.

—Le escucho.

—Ya he visto—continuó el pintor—que es usted amante de las rosas y que tiene buen gusto para escogerlas. Pero Ginette es una sencilla obrera, y

esas flores no son flores de estufa, como las que se encuentran en los jardines de las familias ricas.

—¿Acaso cree usted que yo pertenezco a una familia rica?—inquirió Andrés.—Yo vivo de mi trabajo, como ella. No soy más que simple secretario de un arquitecto—concluyó, acordándose de la mentira de su amigo Gastón al presentarle a las dos obreras de Martha Regnier.

No sigamos hablando entonces—replicó Martel.—Si usted es secretario de un arquitecto, ya puede ir trazando los planos para edificar el altar de la felicidad de mi ahijada.

Pasaron los días. El amor había hecho su nido en el corazón de Ginette, conquistada por la pasión de que le daba muestras Andrés.

Este iba a esperarla todos los días a la salida del trabajo, y los dos encaminábanse luego hacia los lugares más concurridos de Montmartre, tomando parte en las alegrías de la muchedumbre y disfrutando con todos los placeres que allí se les ofrecían.

Pero aquellas atracciones acabaron por resultarles demasiado inocentes y sus pasos se dirigieron a los jardines próximos, buscando la soledad propicia a sus ilusiones de enamorados.

Sus entrevistas se prolongaban a medida que sus amores crecían en intensidad, y en casa de Ginette la señora Sidonia empezó a advertir que el carácter de su marido cambiaba, presagiando tormenta.

—Estas son las consecuencias de tu debilidad—decía Vincent a su mujer.—¿Nunca hubiera ocurrido lo que está ocurriendo si tú hubieras sido menos tolerante con tu hija!

—Piensa, Emilio, que la señora Regnier pudo haberla retenido en el taller.

—¡Siempre la misma disculpa! ¡El taller!... No, yo no me dejo engañar tan fácilmente. No es el taller, sino algún granuja, quien impide que Ginette no esté en casa a su hora. ¡Y esto se va a acabar hoy mismo!—añadió, dando un puñetazo en la mesa.



—¡Siempre la misma disculpa! ¡El taller!... No, yo no me dejo engañar tan fácilmente...

En casa de los Dubois, que aquella noche tenían invitados, no pasó inadvertida la extraña ausencia de Andrés; y al igual que Vincent, el rostro de Garnier aparecía ensombrecido por una expresión de reprimida cólera.

Por fortuna para Ginette, su padrino se presentó

en su casa y se invitó a tomar café para que su ahijada tuviera quien la defendiese cuando llegara.

Y he aquí que en un lejano parque, los dos enamorados tejían con palabras amorosas y rumor de besos la senda por la que marchaban entonces, abandonándose al goce de aquella hora.

Envueltos en las sombras de la noche, que la luz de la luna apenas esclarecía, caminaban despacio, como si contasen los pasos y temieran llegar pronto al término de su paseo.

Andrés la llevaba enlazada por la cintura, y sus labios vertían en los oídos de la joven palabras temblorosas.

A veces deteníanse, turbados por su misma dicha, y en un largo abrazo él exclamaba:

—¡Cuánto te amo, Ginette mía!

Ella no dudaba, confiando en sus promesas.

—¡Qué felices vamos a ser!—añadía Andrés.

Y la muchacha sentía aumentarse su fe, segura de que su amante era sincero y hablaba de acuerdo con los dictados de su corazón.

De pronto Ginette se dio cuenta de lo avanzado de la hora.

—¡Dios mío, qué tarde es! Tenemos que separarnos.

Vaciló, solicitada por el abrazo con que él la estrechaba. Al fin, rompió la caricia.

—Hasta mañana.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, podría verte mi padre.

¡Oh, la ira de Vincent en aquellos momentos!

Cada minuto que transcurría sin que Ginette regresara hacía más violenta su cólera.

Su mujer lo miraba temerosa, inquieta por su hija.



— ¡Cuánto te amo, Ginette mía!

Martel intentó calmarlo.

—No tienes razón para ponerte así, Emilio.

—Lo que me sobra es razón. ¡Como si no supiera con quién pierde ella el tiempo!

Vincent se irritó más aún de lo que estaba.

—No quiero pensarlo—dijo ahogadamente.—



—Déjala, Emilio. ¡No hay que ser tan duro con la pequeña!

Pero te aseguro que si deshonra mi casa, la arrojaré de ella como se arroja a un perro.

—Cálmate, Emilio. Yo soy un ignorante; recuerdo, sin embargo, haber leído en letras de molde que nada dignifica tanto al hombre como el perdón... Ten en cuenta que a todos nos llega nuestra hora en cosas de amor, y no hay por qué indignarse si tu

hija tiene novio. ¿O pretendes tú, acaso, torcer el curso de las leyes de la Naturaleza?

Un rumor sonó detrás de la puerta.

—¡Ya está aquí!—exclamó la madre.—Conozco sus pasos.

La puerta se abrió y Ginette apareció titubeando. Vincent levantóse bruscamente.

—¿Qué vas a hacer?—preguntó Martel.—Siéntate de nuevo.

El contramaestre desentendióse del pintor y cogió de un brazo a su hija con violencia.

—¡Como vuelva a repetirse la escena de esta noche, te planto en la calle!

Ginette, lastimada por la rudeza de su padre.

—Déjala, Emilio. No hay que ser tan duro con la pequeña!—intervino Martel.

La muchacha ocupó su puesto en la mesa.

—¡Ea, ya pasó!—dijo el pintor.—Ahora quiero ver de nuevo en tu cara bonita la sonrisa de siempre.

Pero Ginette no sonrió.

¿Dónde estaría Andrés? ¿Pensaría en ella?

Andrés y su amigo Gastón, intatigables en sus empresas galantes, bordaban sugestivos madrigales en los oídos de unas compañeras de ocasión que habían encontrado en «El Prado Catalán», favorecido templo, donde sus diées rendían, indistintamente, fervoroso culto a Venus y a Tersicore.

La conducta de Andrés no dejó de llamar la atención de los Dubois, y la madre de Magdalena expuso al padre del prometido de su hija el disgusto que le producía la ausencia del joven.

—Creáme usted, su hijo no es el mismo desde hace algunos días. Le encuentro retraído, frío,

como si quisiera distanciarse de nosotros... Esta noche, por ejemplo, con su ausencia nos ha puesto en ridículo.

—No se alarme usted, señora—procuró tranqui-



...en las oficinas de la Empresa Garnier-Dubois. Andrés hacía su trabajo pensando en la manera de librarse de su padre para acudir a esperar a Ginette...

lizarla Garnier. Andrés no ha variado en nada, aunque usted suponga otra cosa. Lamento su falta de esta noche, que pagará con un tirón de orejas.

Días después, en las oficinas de la Empresa Gar-

nier-Dubois, Andrés hacía su trabajo pensando en la manera de librarse de su padre para acudir a esperar a Ginette a la salida del taller.

Pronto se le ocurrió un pretexto.

—Papá, me voy. Tengo que ir a tomar el te con Magdalena, con la que también me quedará a cenar.

Se aproximaba la hora en que Ginette recobraría su libertad para reunirse con su amante.

Había dejado de trabajar, y su actitud revelaba sus sentimientos.

Despierta, Ginette—le dijo una compañera.—Antes de treinta minutos estarás en compañía de ese príncipe que te quita el sueño.

El rostro de la muchacha manifestó viva complacencia y una divina sonrisa floreció en sus labios de soñadora.

En cuanto tomó el te con su prometida, Andrés se puso a idear un medio que le permitiera marcharse sin parecer incorrecto.

No quería hacer esperar a Ginette, la humilde y deliciosa modista que le había hecho sentir por vez primera la gloria de amar y ser amado.

Pero Magdalena se interpuso en su camino, diciéndole:

—Tu corazón no es el mismo de antes. Temo que me engañes.

—Mi corazón es siempre el mismo—repuso él sin inmutarse.—Te quiero con delirio... más de lo que puedes figurarte.

—Lo creeré si te quedas a cenar con nosotros.

—Lo siento, pero me es imposible complacerte—dijo Andrés con precipitación.—Le he prometido a mi padre cenar con él y no quiero hacerle esperar.

En cuanto se vió en la calle, el joven se encaminó

a toda prisa hacia el taller en que trabajaba Ginette. De pronto, al revolver de una esquina, tropezóse con su padre.

—¿Tú por aquí? ¿No me dijiste que ibas a cenar con tu novia?

Las preguntas de Garnier no tenían otra respuesta que la de una doble mentira.

—Es temprano para cenar... Magdalena me espera y yo le he prometido volver.

—Acompáñame entonces.

Andrés se mordió de rabia viendo fracasados sus proyectos, mientras a Ginette, que se consumía de impaciencia esperándole, se le hacían eternos los minutos.

¿Se habría parado el reloj que contaba el tiempo que debía durar su dicha?

Sola en la calle, la muchacha miraba en todas direcciones sin que él acabase de aparecer.

Gentes extrañas, seres que ninguna relación tenían con ella, ajenos por completo a su vida, pasaban por su lado, y sólo Andrés no venía.

Pensó en marcharse, pero no se decidió. Acaso él llegara de un momento a otro.

¿Y si no volviera a verlo nunca?

La angustia estranguló su garganta.

En su inquietud, se puso a imaginar toda una serie de sucesos desagradables.

Se acordó de Martel, su padrino, el único hombre que conocía sus amores.

—El no puede servirme de nada—se dijo.

Decía más verdad de lo que se figuraba, pues su padrino, todos los días, al concluir su trabajo, reuníase con su amigo Luis para celebrar, bebiendo, el décimo aniversario de su inquebrantable amistad.

Frente a frente, los dos camaradas apuraban

botella tras botella, sin que su sed se saciara nunca.

—Mis únicos enemigos son los gorriones que se comen las uvas—expuso Martel.

—¿Y qué me dices de los taberneros que bautizan el vino?—preguntó Luis.—Yo los fusilaría.

El pintor lo señaló la dueña de la que estaban enamorados los dos, y dijo:

Me parece que a ésta la deberían fusilar.

Luego, alzando la voz, pidió:

—Deme usted otra botella de lo mismo.

Razón tenía, pues, Ginette al pensar que Martel no le sería muy útil si tuviera que recurrir a él en sus penas.

Continuaba esperando.

—¡Ahí viene Andrés!—exclamó, llevándose las manos al pecho.

Y alegróse infinito de no haberse marchado.

Los dos jóvenes emprendieron su paseo de todas las tardes.

—Estás muy pensativa, Ginette. ¿Qué te pasa?

—No lo sé...

—Pues si tú no lo sabes, ¿quién va a saberlo? Ella lo miró con insistencia.

—Tú, que eres la fuente de mis alegrías y de mis pesares, acaso lo supieras mejor que yo.

Andrés la tomó del brazo.

—No pienses en nada triste—le dijo.—Te tengo a mi lado y quiero que tu imaginación no huya lejos, pues entonces sería capaz de temer que no me pertenezcas tan enteramente como deseo.

La muchacha apoyó la cabeza en el pecho del hombre.

—Sabes que soy tuya; pero tengo miedo de que me arrebatén mi dicha.

Se besaron en la boca y en los ojos y se sumieron en un profundo silencio.

—Mañana es sábado—dijo él—y no trabajas. ¿Quieres que almorcemos juntos?

—Lo que tú quieras, lo quiero yo.

Se separaron. En su casa, Ginette no supo ocultar que algo extraño llenaba sus pensamientos. Mientras cenaban, quedábase suspensa de pronto, sin causa aparente que justificara su actitud.

—¿En qué estás pensando?—le preguntó su padre.

—En nada.

—¡Me parece que vuelas muy alto!

La señora Sidonia miró al marido y miró a su hija y tuvo un estremecimiento de miedo.

* *

Media noche.

Martel había cesado de beber y, apoyándose en una mesa, se levantó diciendo:

—Vamos, amigo, acuérdate de que hemos de dormir.

Mas antes de abandonar el local, quiso hacer a la patrona una emocionante declaración y acercóse al mostrador.

—Ciudadana, yo soy pintor y, como tal, rindo culto a la belleza...

—Y además de pintor,—le interrumpió la ciudadana—es usted un solenne borracho y un tío muy loco.

—¿Fco yo?... ¡Vamos, señora, usted es miopel!

Preocupado por el calificativo, Martel requirió la opinión del cocinero del cafetín:

—Hipólito, tú, que entiendes de gustos, mirame bien y dime si soy feo.

—Estoy de acuerdo con la dueña respondió Hipólito.

—Cómprate unas gafas, pues te hacen falta, lo mismo que a la señora... ¡Vaya, buenas noches!

Haciendo eso llegó a su casa y lo primero que hizo fué mirarse a un espejo. Su imagen le consoló de la injuria que le hicieran al llamarle feo y, encontrándose casi guapo, murmuró:

—¡Perdona, Martel, si he empezado a dudar de tí!

Echóse en el catre, del que cayó al poco empujado por las manos de la pesadilla. Volvió a mirarse en el espejo para convencerse de que era un Adonis, y se acostó de nuevo, durmiéndose profundamente.

En la noche clara y silenciosa, Magdalena hablaba con su madre y decíale:

—Tengo el presentimiento de que Andrés no me ama. Vengo observando en él cierta tibieza que puede ser precursora de ruptura.

Y como un eco a sus palabras, Ginette, en la soledad de su alcoba, ponía alas a su fantasía para enviarla al encuentro de su amante.

II

NUBES EN EL CIELO AZUL

Para confirmar sus sospechas respecto al extraño comportamiento de su hija, el contramaestre visitó la casa donde ella trabajaba.

—¿Ginette Vincent?—preguntó.

—Hoy es sábado y no tenemos ninguna obrera, pues hacemos semana inglesa—le contestaron.

Vincent regresó a su casa con el pecho mordido por la ira y el dolor.

—¿No ha vuelto Ginette?

La señora Sidonia inclinó la cabeza.

—No ha vuelto... ¿Es que no ha ido al taller?

—Hoy no tenía taller.

El reloj del tiempo fué desgranando rápidamente las horas del día, hasta quedar éste envuelto en las sombras de la noche.

Los padres esperaban a su hija en silencio.

La hora de la cena había pasado.

—¡Retira ya ese cubierto!—ordenó Emilio indicando el servicio de su hija.

La mujer permaneció inmóvil, como aturdida.

—¿No me has oído? ¡Te he dicho que retires su cubierto de la mesa!

Aun quiso la madre disculpar a Ginette.

—Ahora recuerdo—murmuró—que me dijo que una de estas noches iría a cenar con una amiga suya.

—¿Y tú lo creíste?

—Sí.

—¡Qué inocente eres! Pero yo no soy tan crédulo... aparte de que ella no debe tener amigas que cenar a estas horas.

Y le mostró el reloj, que señalaba las doce.

Presa de una terrible angustia, Vincent se puso a pasear a lo largo del comedor.

—¿De qué me ha servido a mí, modesto obrero, desvivirme para que mi hija fuera feliz con su laboriosidad y honradez? ¡Qué desilusión! Ella es como todas, una miserable, una...

—¡Callate!—rogó la madre—Ginette es nuestra hija, es sangre de nuestra sangre...

Se callaron. El tiempo seguía avanzando por la noche, devorando las tinieblas.

Vincent se volvió a Sidonia.

—Vete a dormir; yo la esperaré.

—No olvides que ella es nuestra hija—volvió a suplicar la madre.

El contramaestre tuvo un gesto de impaciencia y su mujer se retiró.

¡Las doce y media!

Vincent estrujóse las manos con desesperación.

—¡La hemos perdido para siempre!—exclamó.

Derrumbóse en una silla y apoyó su cabeza febril en la mesa, oprimiéndose las doloridas sienes.

Ella era su única hija y, sin embargo, él no podía perdonarle su falta.

Porque no dudaba de que Ginette le había deshonrado; estaba seguro de ello.

¿Cómo creer que la joven no cometiera otro pecado que el de amar a un hombre en el que confiaba ciegamente?

Aturdida por su pasión, habíase dejado llevar por Andrés a un restaurante de las afueras y cenó con él.

Luego pasearon juntos, sin que advirtieran el transcurso del tiempo. Ninguno de los dos descaban que se interrumpiera su diálogo, esmaltado de ligeras caricias, y era ya muy tarde cuando ella notó lo avanzado de la hora.

El la acompañó, calmando sus temores.

—¿Qué voy a decirle a mi padre?

No te inquietes por eso; dile que has tenido que velar en el taller.

—No me creerá... Tengo miedo...

—Tranquilízate; yo no me moveré de aquí mientras no me hagas una señal.

Ginette empujó la puerta de su casa temblorosamente. Paso a paso, procurando no hacer ruido,



Paso a paso, procurando no hacer ruido, subió hasta su piso, ...

subió hasta su piso, y su mano, después de una corta vacilación, dejó caer la aldabilla, llamando.

Súbitamente se hizo atrás. La puerta acababa de abrirse, dando paso a su padre.

—¿De dónde vienes a estas horas?

La muchacha se dobló debajo de la mano del contramaestre, que la oprimía con rabia.

—Contéstame! ¿De dónde vienes?

Ella quiso decir algo y no pudo; su garganta sólo profirió un grito largo y desgarrador, al que siguió un sollozo.

—¡Habla ya, desdichada! ¿Qué has hecho de tu honra? ¿Dónde has sepultado la reputación del nombre que llevas?... ¡No quieres decirlo?

Ginette no tenía voz para suplicar; el miedo y la congoja ahogaban sus palabras.

De pronto Vincent la empujó, impidiéndole pisar los umbrales de su casa.

—¡Tú no eres digna de entrar aquí! ¡Vuélvete al sitio en el que estuviste hasta ahora... a la calle!

Y cerró la puerta tras sí.

Al darse cuenta de todo su infortunio, Ginette se abalanzó a la puerta.

Dentro su madre imploraba:

—¡Esto no es posible, Emilio!... ¡Tú no puedes rechazar a tu hija!... ¡Dime, por piedad, que no la rechazas!

El contramaestre, mudo y terrible como su ira, no contestó. También era grande su dolor, su pena de padre; pero él lo sofocaba en su pecho, impidiéndole asumirse a sus ojos.

Fuera, Ginette seguía sollozando.

Llamó a su madre, lo mismo que cuando era niña.

—¡Mamá!... ¡Perdóname, mamá!

Y sintiendo que el castigo que pesaba sobre ella nadie podría levantarlo, apoyó los labios en la puerta y la besó.

—¡Adiós!... ¡Adiós mamá!

Sacudida por los sollozos, volvió a bajar las escaleras, yendo a reunirse con su amante.

—¡He perdido para siempre mi hogar y a mi madre!... ¡Lo he perdido todo!

Andrés hizo suyas las penas de Ginette.

—No llores y confía en mí. Yo supliré todo lo que has perdido y sabré hacerte dichosa.

Ella cogió de un brazo cariñosamente.

—Vamos; sígueme.

Ella sometióse, obedeciendo en silencio.

Contiaba en él.

Y se marcharon juntos, dirigiéndose a tomar un «auto» que los esperaba cerca de allí.

La joven había dudado de que sus padres la perdonasen; Por eso, seguía a Andrés.

Sin embargo, en su casa, su madre continuaba luchando contra la tenacidad de su marido con súplicas y lamentos.

—¡Compadécete de Ginette! ¡Déjala volver!... ¡Es tan hermoso y noble perdonar!

—No volverá a pisar esta casa— repitió Emilio.

—Pues si ella no te mueve a piedad, apiádate de una madre que no podrá vivir si pierde a su hija... ¡Apiádate de mí!

El contramaestre sintió que su resistencia flaqueaba.

—Si tú quieres abrir la puerta... allá tú—dijo al fin.—Yo haré por no verla delante de mí.

La madre abrazó al buen marido, al hombre bueno que se apiadaba de su dolor y corrió a franquear la entrada a su hija.

—Ginette!—llamó.

Nadie le contestó y la viejecita traspuso los umbrales del piso.

—¡Ginette!

— ¡Silencio!
Una espantosa angustia perló de sudor la frente del contraamaestre.

— ¿Dónde estás, hija mía?

— ¡Silencio!

La voz de la madre sonaba temblorosamente, pronto a romperse en un gemido.



— Pues si ella no te mueve a piedad, apládate de una madre que no podrá vivir si pierde a su hija...

Bajó las escaleras, llamando siempre y sin que sus oídos fueran acariciados por la anhelada respuesta.

Llegó a la calle y miró arriba y abajo.

Nadie, no había nadie; la calle estaba solitaria.

Entonces la madre comenzó a gritar, llamando a su hija, corriendo por la calle silenciosa.

— ¡Ginette! ¡Mi pobre Ginette!... ¿Qué será de ti, hija de mi alma!

Un sauto pasó llevando a Andrés y a su amante y la madre no supo que en él iba su hija.

La noche la rodeaba y sus sombras ofrecíansele como un manto funerario para su dolor inmenso.

Apoyóse llorando en una farola, y entre lamentos, su voz siguió sonando débilmente:

— ¡Ginette! ¡Mi pobre Ginette!...

♦♦

Han pasado los días. Gracias al cariño de Andrés, Ginette ha podido soportar el rudo golpe que le infligió la severidad de su padre.

Ahora vive en un piso sencillo, donde ha instalado un taller de sombreros, y a donde Andrés viene a verla todos los días.

Sólo el recuerdo de su madre pone una gota de amargura en su apacible existencia.

Ella imagina cuánto debe sufrir la viejecita.

Una mañana, Martel encontró a Sidonia.

— ¿Sabes algo de mi ahijada? — le preguntó.

— He recibido algunas cartas suyas, pero ¡ay! en ninguna me da su dirección.

Las lágrimas llenaron los ojos de la pobre mujer.

— No te desesperes — consolóla el pintor. — El mundo es pequeño para que ella pueda perderse.

— ¡Hace ocho días que no la veo ni sé de ella otra cosa que lo que me dice en sus cartas!

— Peor sería que ni cartas tuvieras.

— ¡Me hubiese muerto, entonces!

La señora Sidonia había envejecido visiblemente, y en su rostro, cubierto de arrugas, los ojos, abra-

sados por las lágrimas, semejaban dos llagas ensangrentadas.

También en Martel había producido dolorosa impresión la desgracia de su ahijada. Su carácter, tan alegre antes, tornóse sombrío.

La dueña del cafetín concluyó por notarlo y un



Ahora vive en un piso sencillo donde ha instalado un taller de sombreros, ...

día se lo dijo a Luis, el camarada inseparable del pintor:

—¿Qué le pasa a su amigo? Está desconocido, de algún tiempo a esta parte.

El gordo miró a Martel, que bebía a su lado silenciosamente y se encogió de hombros.

—¿Le habrá dado calabazas alguna muchacha? —preguntó la patrona.

—Al contrario. Es que lo quieren todas y, sin duda, tiene pena por no poder multiplicarse para complacerlas.

Martel alzó la cabeza y miró con sorna a su compañero.

—¡Cállate, so fardo! No seas imbécil,



—... Es que lo quieren todas y, sin duda, tiene pena por no poder multiplicarse para complacerlas.

—¿Te has molestado?

El pintor volvióse a la dueña:

—Otra botella—dijo.

Y prosiguió en su ardua tarea de ahogar sus penas en el fondo del vaso.

No perdonaba a Vincent que hubiera arrojado a Ginette de su casa, aunque lo disculpase. Suerte

que el novio de la joven era un buen muchacho, según él pudiera observar la vez que le había hablado.

De todos modos...

Vació el vaso que acababa de llenar y comentó:

—¡Eso no se hace! ¡Una hija siempre es una hija!

—¿Qué hablas ahí?—le preguntó su compañero.

El pintor dióse cuenta de que había dejado suelta su lengua, pues no solía contar a nadie sus secretos, y contestó:

—A ti no te importa ni tienes por qué meterte donde no te llaman... ¡Vuelvo a decirte que eres un imbécil!

—Gracias.

—No se merecen.

El gordo se irguió en la silla y su cara redonda dió muestras de una gran excitación. El pintor no quiso que su amigo se saliera de cauce y, procurando serenarse en medio de su borrachera, dijo:

—¿Pido otra botella para ti?

La irritación del gordo cesó en el acto.

Entre otras cosas, Martel sabía cómo apaciguar a su obeso camarada.

—¡Otra botella!—pidió.

—Eres un buen amigo—afirmó Luis, chascando la lengua.

Y lo mismo que el día en que se conocieron, diez años antes, el vino selló una vez más su inquebrantable amistad.

Luis ignoraba la tristeza que entonces consumía a Martel, ya que éste, avaro de sus penas, no se las comunicaba ni aun a su camarada.

Desde que Ginette había sido arrojada de su casa, el pintor no tenía otra preocupación que la

de encontrar a la muchacha o poder ver a Andrés Garnier.

La casualidad no quería favorecerle y en los paseos que daba sin rumbo, deseando tropezarse con ella o con él, la suerte no le favorecía.

A todo esto, el padre de Andrés, advertido por la señora Dubois de la extraña conducta de su hijo, comenzó a tratar a éste con cierta reserva, esperando el momento oportuno de conocer sus intenciones si, efectivamente, ellas se oponían a sus planes.

No dejaba de observar como Andrés era ahora más lento y distraído en su trabajo.

En efecto, el joven, al que comenzaban a preocupar sus amores con Ginette, a la que cada día quería con renovado entusiasmo, con frecuencia abstrábase en sus pensamientos, sin cuidarse de la tarea que tenía delante.

Un día su padre decidió poner término a sus dudas.

—Hace algún tiempo comenzó por decirle—Magdalena viene notando en ti cierta frialdad que no puede explicarse. ¿Puedo saber a qué obedece este cambio?

—Soy el mismo de siempre—repuso Andrés.

—Ella no dice eso.

—Pues si sostiene otra cosa, vive equivocada. Garnier lo miró fijamente.

—Ojalá sea así.

Y cambiando de tono, con acento amable, que contrastaba con su altivez y severidad anteriores, añadió:

—Mañana iremos a las carreras y es preciso que vengas con nosotros. ¿Te olvidarás?

—No, puesto que deseas que vaya.

Al dejarle Garnier, Andrés se dirigió al piso en

que vivía su amante y en el que él pasaba sus mejores horas.

Ella le conocía por su manera de llamar y se apresuraba a abrirle, y aunque sabía que no podía ser otro sino Andrés, siempre parecía sorprenderse alegremente al verlo y siempre lanzaba la misma exclamación de sorpresa:



Un instante se abandonaban a la locura de su cariño...

—¿Eres tú?

—¡Sí, yo... yo que te quiero más cada día y que no puedo vivir sin ti!

Un instante se abandonaban a la locura de su cariño. Luego, reflexionando acerca de lo que había dicho, él volvióse pesoso.

—¿Qué tienes?

—Pienso en ti... y en mí.

Y hablaron largamente de sus proyectos, sobre los que el recuerdo del carácter inflexible de Garnier lanzaba la sombra de sus prejuicios y de su rigidez moral.

—Nunca he dudado de la lealtad de tu cariño—dijo ella,—pero ¿y la voluntad de tu padre? ¿Aprobará él tu elección?

Andrés hizo memoria de las palabras que acababa de oírle decir al autor de sus días y, sin mucha confianza, como si no quisiera alentar antes de tiempo las esperanzas de Ginette, contestó:

—¿Quién sabe? ¡Quizá sí!

Al día siguiente, obedeciendo a su padre, el joven asistió a las carreras, acompañando a los Dubois y siendo toda la tarde obligado cortejo de Magdalena.

El no podía menos de mostrarse cortés y amable con su prometida. ¿Qué culpa tenía ella de que otra mujer se hubiera interpuesto en su camino?

Andrés no había querido nunca a la muchacha con cariño de amante; el compromiso que ahora los unía era la consecuencia de una inclinación que ninguno de los dos analizó al principio y que hizo creer a sus padres que ellos se sentían atraídos el uno hacia el otro por un afecto más vivo.

Este error fue el que indujo a los Dubois y a Garnier a suponer que los jóvenes serían dichosos casándose y, halagados por esta idea, influyeron en la voluntad de sus hijos para que se consagrasen un cariño que no sentían.

Concluyeron las carreras. Andrés no había sido afortunado en sus apuestas.

—¡Me he lucido! El caballo por el que apostaba, ha sido derrotado al llegar a la meta.

Magdalena lo consoló irónicamente:

—Acuérdate del adagio que dice «desgraciado en el juego, afortunado en amores».

—No me queda ese consuelo siquiera—replicó él.

—¿Estás seguro?

Andrés no se atrevió a contestar de acuerdo con sus pensamientos y guardó silencio.



Aquel día, al pintor Martel la casualidad le deparó la sorpresa que más podía agradecerle.

Se hallaba nuestro hombre encaramado en una escalera apoyada en la fachada de una casa cuyo enfucido habíale sido encomendado, cuando sus ojos vieron venir calle adelante a su ahijada, tan bonita como siempre, sin más galas en sus vestidos que las de costumbre—esto fué lo primero que notó y el alma alegrósele al notarlo—y llevando una caja de sombreros para mayor satisfacción del padrino, pues esto era la mejor prueba de que la joven continuaba haciendo la vida honrada y trabajadora de los tiempos en que vivía con sus padres.

Martel apresuróse a bajar de la escalera, corriendo al encuentro de la muchacha.

—¡Ginette!... ¿Eres tú, loquilla?

—Yo soy, padrino, y me felicito de haberle encontrado.

El pintor no se cansaba de mirarla, complaciéndose en verla tal y como lo imaginó, graciosa en su belleza y modesta en sus maneras.

—¿A dónde vas?

—Aquí cerca; he prometido entregar hoy unos sombreros.

—¡Cuánto me alegra, pequeña, verte dedicada a tu oficio y saber que tienes trabajo!

—¿Y qué quería usted que hiciera sino? ¡Ah, padrino, usted ha tenido también malos pensamientos acerca de mí!

—Te aseguro que no. Estaba seguro de ti... y de tu novio, aquel joven tan galán... ¿cómo se llama? ¡Ah, sí! Andrés Garnier; guardo en el bolsillo una tarjeta que me dió con su dirección.

Ginette se emocionó al advertir la ternura con que le hablaba Martel.

—¿Y mi madre?

—Vamos a sentarnos en aquel banco y hablaremos como dos buenos amigos, ¿quieres? Tengo que decirte muchas cosas de la buena Sidonia y también de Vincent.

En aquel instante, allá en las carreras, los padres de Andrés y Magdalena decidían la suerte de sus hijos.

—A esos muchachos debe hacérseles ya el tiempo demasiado largo y conviene que pensemos seriamente en su matrimonio—decía uno de ellos.

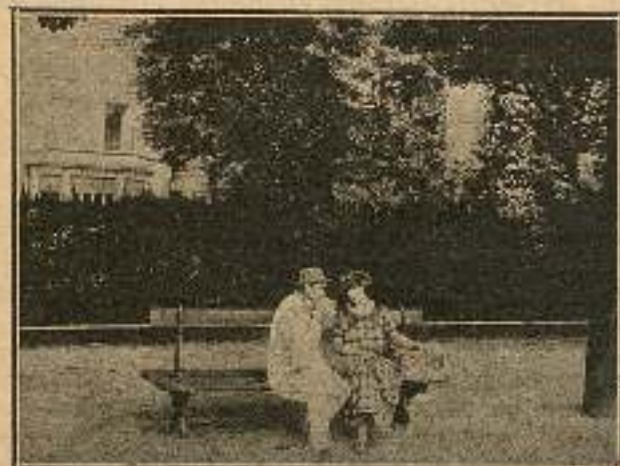
Y los otros dos asintieron, mirando a los jóvenes, que parecían entregados a sí mismos, como si, realmente, se sintieran unidos por un afecto más fuerte que el de la amistad.

Martel y Ginette habían tomado asiento en un banco. Ella refirió a su padrino todos los sucesos que le acaecieran desde la noche en que el contra-maestre la hizo víctima de su cólera, maldiciéndola como hija. Con su voz clara y persuasiva contó cómo Andrés había sido su consejero y su única ayuda en aquellos días angustiosos y cómo sus amores se afianzaron sin que él hubiera intentado nunca abusar de su confianza.

Cuando concluyó su relato, Martel hubo de observar:

—Todo eso es muy novelesco y está muy bien. Pero lo que a mí me interesa es el resultado final. ¿Tú estás segura del cariño de ese muchacho?

—Completamente. El vive como yo, de su trabajo. Ha recibido muchas pruebas de su lealtad y



—... ¿Tú estás segura del cariño de ese muchacho?

no duda de que cumplirá la promesa que me ha hecho, más de una vez, de casarse conmigo.

Hizo una pausa y prosiguió:

—Si usted supiera el afán con que espero el día de presentarme dignamente ante los míos!... ¡Ante mi madre, sobre todo!... ¡Me acuerdo tanto de ella!

—¿Cuántas lágrimas ha derramado por ti!

Martel contó entonces a la joven el doloroso

desenlace de la noche en que Vincent le cerró la puerta de su casa, echándola a la calle.

—La pobre vieja no es la misma—concluyó.— ¡El dolor la ha envejecido mucho, como a tu padre!

—¿Se acuerdan de mí?—preguntó Ginette temblorosamente.

—No hacen otra cosa... Siempre que veo a esos dos desgraciados cogidos del brazo, sosteniéndose el uno al otro, como un par de ruinas humanas, no puedo contener mis lágrimas... Desde que te fuiste, no han tenido una hora de alegría...

Martel enjugóse los ojos húmedos con el dorso de la mano. A su lado, su ahijada, doblada sobre sí misma, sollozaba silenciosamente.

—No te aflijas, Ginette.

—¿Por qué no me perdonarán mi falta?—gimió.

—Tu madre te ha perdonado ya. En cuanto a Vincent, su severidad tendrá un límite... Tú verás cómo yo le encuentro a esto una solución.

—Se lo agradecería eternamente.

Martel acarició las manos de la joven.

—Vamos, pequeña, nada de agradecimiento; con que me quieras como hasta hoy, tengo bastante.

Bajó el tono de su voz, para reprimir su emoción y continuó:

—Hasta en mi carácter ha influido esta desgracia. Yo os quiero mucho y hago más todas vuestras penas.

Siguieron hablando durante algún tiempo. Cuando se separaron, Ginette llevaba la promesa de que Martel vería a sus padres para pedirles que la perdonasen.

Contando como contaba con el cariño de su amante, toda su ambición reducíase a desear que Vincent le abriese de nuevo las puertas de su casa.

Ella confiaba en que, más pronto o más tarde,

Andrés lograría el asentimiento de su padre para sus amores, y como él le ocultaba el compromiso que había contraído con Magdalena, Ginette no podía suponer las dificultades que debía vencer diariamente para impedir que su matrimonio con su prometida oficial no llegase a vías de hecho.

Precisamente, mientras Martel y su ahijada convenían los medios de que se serviría el pintor para acabar con la resistencia del contraamaestre, Garnier, con su tono autoritario de hombre acostumbrado a ser obedecido, decíale a su hijo:

—Tengo que participarte que he acordado con Dubois la fecha de tu boda con Magdalena.

El joven se hizo atrás, sorprendido.

—¿Tan pronto?

—¿Cómo tan pronto?... ¿Qué quiere decir esa pregunta?

Por primera vez, Garnier dióse cuenta de que las quejas de Magdalena y de la señora Dubois acerca de la conducta de Andrés no debían carecer en absoluto de fundamento. Una larga arruga hendió su frente, se apretaron sus labios y sus ojos adquirieron una fijeza hiriente.

Temiendo el estallido de la cólera paterna, el muchacho permanecía silencioso, baja la cabeza, como reo confeso de su culpa.

Súbitamente el rostro de Garnier se aclaró.

—Ahora comprendo—dijo sonriendo.—Tú tienes, seguramente, alguna complicación inconfesable... alguna aventura galante que te sirve de pasatiempo, ¿no es eso?

Andrés se obstinó en su silencio, no atreviéndose a explicar su verdadera situación, y su padre creyendo, por esto, que sus sospechas no iban desca- minadas, añadió:

—Te doy ocho días de plazo para liquidar tu situación.

Un tanto preocupado llegó Andrés a casa de su amante, pero una caricia de ella bastó para desvanecer sus temores.

Ginette se encontraba trabajando y siguió en su labor, mientras hablaba con Andrés, quien, olvidándose del brevísimo plazo que le diera su padre para resolver su conflicto sentimental, gozaba ahora de la deliciosa charla de su encantadora amigueta.

De pronto Ginette advirtió que por más tirones que daba a la aguja con la que estaba cosiendo, el hilo no corría. Su rostro adquirió una graciosa gravedad. ¿Qué pasaba allí? Inclino la cabeza y pudo ver la mano de su amante retepiendo la hebra de la costura.

—Un poco más de formalidad—dijo.

—No quiero que sigas trabajando.

—¿Y eso?

—Pues muy sencillo: cuando vengo a verte, necesito que te dediques sólo a mí y que abandones tus sombreros.

Ginette puso unos ojos de asombro.

—¿Qué más quisiera yo? Pero debo entregar mañana mismo este trabajo y tengo que aprovechar los minutos.

El la contempló con entusiasmo, y, arrebatadamente, la estrechó en sus brazos.

—¿Qué haces? ¿Estás loco?

—Sí, y tuya es la culpa.

—Bueno, déjame... Siéntate y sé formal.

—¿Y si no lo soy?—preguntó Andrés, haciendo ademán de abrazarla de nuevo.

—Entonces...

No pudo concluir, porque los labios de él solo-
caron con un beso sus palabras.

Llenos de juventud y amándose intensamente,
una doble pena, sin embargo, impedíales disfrutar
su dicha. Era en Andrés la angustia de su compro-
miso con Magdalena y en ella la tristeza de verse
arrojada de la casa en que había nacido.



— ¡No me preguntáis por Ginette!

¿Si Martel consiguiera el perdón de su padre!

¿Por qué se obstinaba el contramaestre en su
severidad?

Ginette lo adivinaba de una manera confusa, y
apenas se atrevía a esperar que el rudo Vincent,
aun queriéndola como la quería, volviese a abrirla
los brazos.

De todos modos, confiaba en su padrino, el cual
le prometiera influir cerca del contramaestre en
favor de su ahijada.

Con este objeto Martel visitó a sus amigos, a los
que encontró, como de costumbre, abatidos por la
pesadumbre de su desgracia.

—¿No me preguntáis por Ginette?—interrogó a
poco de llegar.

—No quiero saber nada de ella—contestó Vin-
cent secamente.

—Pues yo os traía su dirección.

Sidonia dirigió a Martel una mirada de recono-
cimiento, y sus manos temblaron deseando apede-
rarse del papel que el pintor les mostraba.

Haciendo un esfuerzo por dominarse, el contra-
maestre insistió:

—Te he dicho que no quiero saber nada de ella.
¡Mi hija ha muerto para mí!

El tono de su voz le traicionó. Martel quiso apro-
vecharse de esta debilidad y abandonó el papel en
la mesa.

—Ahí os dejo su dirección. Ahora haced lo que
os parezca.

Luego, como si hablase aparte con Sidonia, pro-
siguió:

—No comprendo cómo puede haber hombres
tan inhumanos! ¡Este tiene por corazón un ladrillo!

Y después de esta frase, sin esperar el comentario
de Vincent, se marchó, dejando a los viejos sumidos
en su pena.

Solos ya, los ojos de Sidonia atisbaron la direc-
ción de la casa en que vivía Ginette. Sus manos
titubearon, no atreviéndose a coger el papel. Te-
mía a su marido.

Los dos, encerrados en la cárcel de un mismo

dolor, procuraban ocultarse el vivo deseo que los consumía de saber dónde estaba su hija.

Al fin la madre se decidió. Entonces Vincent volvióse bruscamente hacia ella.

—¿Te guardarás muy mucho de ir a verla? ¿Me entiendes?



— Así os dejó su dirección. Ahora haced lo que os parezca.

La mujer contuvo un sollozo y retiróse, volviendo a dejar el papel encima de la mesa.

Durante algunos minutos, Vincent permaneció inmóvil, luchando consigo mismo, haciéndose fuerza para no dejarse vencer por la curiosidad, acallando los gritos de su corazón y ahogando sus sentimientos.

A veces sus manos resbalaban instintivamente,

buscando el papel, y retrocedían luego como si temieran su contacto.

El contramaestre respiraba con cierta dificultad. Comenzaba a sentirse débil. Levantóse para no dejarse dominar por la tentación. Pero sus miradas fueron atraídas por lo mismo que no querían ver. Un momento las lágrimas afluyeron a sus ojos y, apoderándose rápidamente del papel, leyó la dirección y llevósela al pecho, acariciándola, abandonándose a su pena de padre que ardía en deseos de perdonar y que se negaba, no obstante, este consuelo.

Aquella misma noche, Martel, satisfecho de los resultados de su gestión, se presentaba en el cafetín y sorprendía a su gordo compañero cerca del mostrador, sosteniendo animada conversación con la dueña.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó.

El obeso Luis se dió aires de importancia.

—Pchs! Nada... No hay más que lo que se ve.

—Lo que yo veo es a un tío muy gordo al que voy a hacer botar como una pelota.

—¿Eso va de veras?

Luis se había puesto en actitud combativa, viendo lo cual el pintor optó por declararse francamente pacifista.

—Dejémoslo para otro día... Antes tenemos que bebernos unas botellas, ¿conviene?

—Ya lo creo que conviene.

—Entonces, patrona, que nos sirvan una a cada uno.

Chocaron los vasos y Luis golpeó los hombros de su compañero, exclamando:

—¿Qué grande eres, Martel!

III

LA MUERTE DE UNA ILUSIÓN

Interesado Garnier en que el enlace de su hijo con Magdalena se celebrase lo más pronto posible, determinó poner término a las vacilaciones de Andrés, sorprendiéndole con la noticia siguiente:

—He convenido con los Dubois en que vuestra boda tenga lugar el mes próximo. ¿Estamos conformes?

Voluntad inflexible, fuerte por sus convicciones y con una energía contrastada en el trabajo, Garnier dominaba a su hijo, sin que éste se atreviera nunca a contrariarle en lo más mínimo.

Andrés sentíase débil y cobarde al lado de su padre. Pero aquella determinación de casarle con una mujer a la que no amaba y que le alejaría de Ginette, haciendo imposibles los sueños que habían forjado juntos, le dio ánimos para resistir y oponerse a la autoridad paterna.

Buscó fuerzas en el recuerdo de su dulce amiga y dijo serenamente:

—Debo confesarle, papá, que yo no puedo casarme con Magdalena.

—¿Que no puedes casarte con Magdalena?— preguntó Garnier silabeando las palabras.—¿Por qué?

—Porque yo no siento hacia ella más que un

afecto puramente fraternal... La quiero como se quiere a una hermana.

—¿Y no te habías dado cuenta de eso hasta hoy?

Hace tiempo que pensaba decírtelo; me callaba por no disgustarte.

Friamente, sin alterarse, procurando conservar el dominio sobre sí mismo, Garnier replicó:



—Debo confesarle, papá, que yo no puedo casarme con Magdalena.

—Lo siento, querido, pero ya es tarde para volverse atrás. He comprometido mi palabra.

Andrés tuvo miedo de perder la dicha que había soñado y afirmó con convicción:

—Mi casamiento con Magdalena es un imposible!

—Ese imposible —repuso su padre— es una historia cuya última página se escribe en un cheque.

Y uniendo la acción a la palabra, ofreció a su hijo su talonario.

Te equivocas, papá. La muchacha a quien he entregado mi corazón no es de esas mujeres que venden su amor.

El socio de Dubois se inmutó. De la actitud de su hijo transcendía una resistencia de que nunca le hubiera supuesto capaz. Hasta entonces, Andrés había sido siempre un joven sumiso a su voluntad, sin ser débil por eso. ¿Dónde hallaba ahora energía bastante para oponérsele y resistir a sus mandatos?

—¿Quién es esa mujer?—preguntó con violencia.

—Una obrera, una muchacha humilde, pero honrada y trabajadora.

—¿Una obrera!—exclamó Garnier estupefacto.

—¿Y para eso he luchado yo toda mi vida pensando en asegurarte un porvenir? ¿Y para eso he trabajado yo con el propósito de elevarte de posición cada vez más, para que tú, ahora, de pronto, echies por el suelo mis planes?

—Papá, perdóname; pero si lo que te interesa es mi felicidad, ten por seguro que yo sólo podré ser feliz con esa muchacha.

Con las manos crispadas, congestionado el rostro, Garnier aseguró con firmeza:

—Está bien. Haz lo que te plazca. Mas desde hoy no cuentas para nada con tu padre.

Andrés comprendió que aquellas palabras no serían rectificadas. Garnier era un hombre inexorable. Sus actos—el joven estaba seguro de ello—vendrían a subrayar su amenaza.

—Compréndeme, papá...

—Basta. Hemos hablado demasiado. Mi condes-

cendencia llegó al extremo de oírte sin arrojarte de aquí, aun cuando tu tontería te ha hecho decir lo que debías callar... Ya sabes cuál es mi actitud; atente a ella y según obres tú, así obraré yo... ¡Hemos concluido!

Dió media vuelta y salió, dejando a Andrés confuso y atormentado.

¿Qué debía hacer él?

¿Someterse? Entonces perdería a Ginette.

¿Rebelarse? Entonces perdería a su padre.

Y preso en esta disyuntiva, debatióse en las redes de sus propios temores, indeciso, vacilante, asustado de las terribles preguntas que acababa de formularse.

* * *

Martel quiso conocer el resultado de su intervención en favor de Ginette y buscó a Sidonia, sabiendo dónde podría encontrarla.

—¿Qué ha pasado ayer?—le preguntó al verla.

—Lo menos malo —dijo la madre.— Ya sé dónde vive mi hija, pero Emilio se opone a que vaya a su casa.

—¿Y él, qué?

—¡Pobre Emilio! También sufre, aunque no lo confiese. Yo lo conozco bien y no me engaño...

—Buena; pero, ¿ha leído la dirección?

—Sí que la ha leído, Martel. Le costó mucho decidirse.

—¡Ah, eso está bien! El es duro de carácter; sin embargo, tiene un buen fondo. Acabará por perdonar.

—¡Dios te oiga!

La viejecita comenzó a sollozar.

—Mi hija!—exclamó.—Tanto tiempo sin verla!
—No te aflijas, Sidonia. Yo te prometo visitarla hoy mismo.

—Yo también pienso ir, aunque Vincent se disguste.

Se detuvieron en la puerta de la casa.

—Martel—dijo la mujer,—yo no sé cuándo podré ver a mi Ginette. Si tú la ves antes, dila que no sufra y que confíe en que su padre la perdonará algún día.

—Vaya, Sidonia, no hay que desalentarse. Todo se arreglará; tu marido es mejor de lo que parece.

—Y, sin embargo... echó de su casa a su única hija.

—No le faltaba la razón del todo al obrar así... Ahora, que debió impedir que la muchacha tomase en serio el castigo. Pudo haberle sucedido una desgracia.

—Y tanto!

—Por fortuna no le pasó nada y acaso haya hecho su suerte siguiendo a su novio.

La señora Sidonia alzó los ojos al cielo con una muda plegaria y elevó a lo alto el ruego de su corazón maternal.

* * *

La noche precedente, en casa de los Dubois, Magdalena y su madre sostuvieron una larga conversación acerca de la boda que se celebraría el mes próximo uniendo en matrimonio a la joven y a Andrés Garnier.

Habían elegido el traje que ella llevaría en el viaje de novios y todos los adornos que se pondría para la ceremonia.

Después de discutir todos los pormenores de asunto tan importante, Magdalena y su madre pasaron revista a los invitados que debían asistir a la fiesta del enlace y tomaron nota de los encargos pendientes hechos a la modista.

Distraídas en estos detalles, el tiempo transcurrió



Atraída por el retrato, la joven se absorbió en su contemplación...

rápidamente. Tomaron el té las dos solas, como dos amigas.

A última hora, concluida la tarea que se habían impuesto, Magdalena se levantó y fué a sentarse delante de un centro, del que cogió una fotografía. Su madre la observó discretamente.

Atraída por el retrato, la joven se absorbió en su

contemplación y una sombra de pena se extendió por su rostro.

—¿Todavía te acuerdas del otro?—preguntó de pronto la señora Dubois.

—¿De quién?—dijo Magdalena sin abandonar el retrato y como si despertase de un sueño.

—Me refiero al marino.

—¡Ah, sí! Enrique.

Y la joven devoró con los ojos la imagen de aquel muchacho que fuera su novio y del que estuviera tan enamorada.

—¿Qué disgusto tendrá el día que sepa que te has casado con Andrés.

—Si él estuviese aquí—aseguró Magdalena,—con quien me hubiera casado sería con él, sin titubear. ¡Pero está tan lejos!

—¿Te ha escrito?

—Tuve carta suya hace tres meses. Venía fechada en Tonkin. Desde entonces no he vuelto a saber de él... ¡La ausencia es la peor enemiga del recuerdo! El me habrá olvidado y yo me voy a casar.

Callaron.

En el silencio del gabinete, sólo se oía el ruido de un reloj midiendo el tiempo.

¿Por qué, si ella amaba a otro hombre, estaba dispuesta a unirse a Andrés Garnier?

Cierto que sentía por su prometido algún afecto, un leve cariño que tenía un sentido exclusivamente amistoso. Acaso llegase a quererlo algún día. ¿No era pues una aventura un poco peligrosa lanzarse a un matrimonio en que su corazón podía sufrir la dolorosa quiebra de desilusionarse perdiendo para siempre toda esperanza de ser feliz? Y, sin embargo, complaciase en aquel proyecto que halagaba a sus

padres y que, al mismo Andrés, a pesar de su frialdad de los últimos tiempos, tampoco parecía disgustarle. Por supuesto, se equivocaba en esto último. ¿Qué sabía ella de los amores de su prometido?

Fue al otro día cuando Garnier sostuvo con su hijo la conversación que debía decidir la suerte de Ginette.

Abrumado por las últimas palabras de su padre, que no admitían réplica, el joven, después de pensarlo detenidamente, se dirigió a la casa de su amante.

Su voluntad flaqueaba antes de decidirse a obedecer a su padre, y no se sentía con fuerzas para defender los dictados de su pasión, aun a riesgo de perderlo todo: familia y posición social.

El era un hombre débil frente a Garnier.

Llegó al piso de Ginette en un estado de ánimo penoso. Antes de llamar, meditó unos instantes. Luego, como si tomase una resolución, hizo sonar el timbre, diciéndose:

—¡Es preciso, absolutamente preciso!

Ginette lo recibió con la alegría con que siempre solía recibir su visita y saludar su presencia.

—Tengo que darte una noticia muy agradable. Ha venido a verme mi padrino y me ha anunciado la visita de mi madre. ¡Hoy es, pues, un hermoso día para mí!

Andrés acogió la noticia con indiferencia, embargado como estaba por sus propias inquietudes.

—¿No te alegra la noticia que acabo de darte?—preguntó Ginette sorprendida y recelando algún disgusto.

—Sí, querida mía, me alegro de veras; pero esta alegría se ve amargada, porque las noticias que yo traigo, en cambio, no pueden ser más tristes.

Andrés hablaba lentamente, como si cada una de las palabras que decía le costase un gran esfuerzo.

Ginette se asustó.

¿Qué negra sombra la amenazaba?

Yo te amo más que a nada en el mundo—prosiguió Andrés—y este amor me obliga a ser sincero...

Se detuvo, no atreviéndose a continuar.



—¿No te alegra la noticia que acabo de darte?

La joven callaba, respirando afanosamente, con los ojos fijos en él.

—Oyeme... Es necesario que nos revistamos de valor... ¡de mucho valor! Y aun así, dudo que podamos resistir el golpe que vamos a recibir del destino.

La angustia de Ginette se hizo insufrible. Aquel preámbulo, cargado de funestos presagios, terrible

como una nube tormentosa de la que ha de nacer el rayo, pobló su imaginación de pavorosos enigmas.

—Desde hace algunos días—añadió Andrés,—vengo sosteniendo una dura lucha con mi padre; sin embargo, no he podido vencer su inflexible voluntad.

Una mirada de locura asomóse a los ojos, turbios de lágrimas, de la hija de Vincent.

—¡Pronto, dime lo que pasas!—exigió con voz estridente, con el pensamiento turbado por las suposiciones más extrañas.

Y Andrés, con voz apagada, dijo:

—¡Forzosamente he de casarme con la mujer que él me ha elegido!

Ginette ahogó un grito en su garganta y quedóse mirando a su novio.

¿Era posible aquello?

¿Había oído bien?

—Una fuerza brutal ha venido a destruir de pronto nuestras ilusiones—prosiguió él.—Pero tu recuerdo estará siempre conmigo... ¡Yo no te olvidaré jamás!

Ginette seguía con los ojos fijos en Andrés.

¡Menguado consuelo el que él le ofrecía!

Y callaba, apretando los labios para contener sus gemidos, con el cerebro invadido por ideas suicidas.

¿Era posible aquello?

¿Había oído bien?

¿En esto venían a parar las promesas de su amante?

Andrés se le acercó.

—No debe arredrarte el fantasma de la pobreza... Mientras yo viva, tendrás en mí un protector.

Sus brazos trataron de estrecharla.

Ginette se irguió, herida en su amor y en su dig-

nidad, soberana de orgullo, con las pupilas llameantes, aunque su corazón agonizara en aquellos momentos.

—¿Te ha parecido tan pequeña tu ruindad, que todavía la agravas con un insulto?

Extendió el brazo, señalándole la puerta.

—¡Vete!... ¡Vete con tu padre y cuéntale lo que



—Sí, te echo como a un cobarde que eres... ¡Vete!

acabas de hacer para que pueda estar satisfecho y orgulloso de tí.

Andrés se turbó.

—¿Me echas de tu casa?

—Sí, te echo como a un cobarde que eres...

¡Vete!

Altiva, con el rostro encendido, en alto la cabeza,

su brazo mostrábale la puerta ordenándole salir.

El tuvo clara conciencia de lo que había hecho e intentó justificarse.

—¡No me desprecies, Ginette!... ¡Comprende mi situación!

Una vez más, con la voz ligeramente enronquecida, ella gritó imperiosa:

—¡Vete!

Y él salió, humillado y vencido, sintiendo de una manera confusa que ella tenía razón y que él era un cobarde.

La violencia que Ginette había tenido que hacerse para arrojar a Andrés de su casa, unida al inmenso dolor que le produjera la muerte inesperada de sus ilusiones, agotó sus fuerzas; y la muchacha se dobló bajo el peso de la desgracia que venía a herirla cuando creía alcanzar el cielo de la dicha.

El golpe fué demasiado rudo y no se hicieron esperar sus efectos. La misma noche se le declararon unas fiebres infecciosas y al día siguiente el termómetro del doctor señaló 40 grados de temperatura.

Martel apresuróse a prevenir a la señora Sidonia, y a la pobre madre le faltó tiempo para correr al lado de su hija.

Durante algunos días, la enferma estuvo entre la vida y la muerte. Al fin la fiebre decreció un poco. De todos modos, la muchacha no estaba aún fuera de peligro.

Así lo dijo el médico a Martel y a la madre:

—Aunque la fiebre ha cedido, su estado general sigue siendo grave. Hay que cuidarla mucho e impedir, por todos los medios, que reciba impresiones fuertes.

A todo esto Vincent, que ignoraba la enfermedad de su hija, nada decía a su mujer porque ésta volvía tarde, aunque él estaba seguro de que venía de casa de Ginette.

* * *

Por distintos caminos marchaban los amores de Magdalena y de Andrés.

Desde su ruptura con Ginette, el hijo de Garnier mostrábase menos dispuesto a obedecer a su padre.

Su prometida pudo advertir que él procuraba rehuirle y que a su lado daba señales claras de no hallarse a gusto, manteniéndose como alejado de ella.

En cierta ocasión, herida por esta actitud, Magdalena le dijo:

—¿Le molesta mi presencia?

—¡Oh, no, de ninguna manera!—aseguró él.

Se hallaban sentados en compañía de Gastón Faubert en los jardines del hotel de los Dubois.

Magdalena se levantó.

—Le aseguro a usted, Andrés, que no quiero hacerme cómplice de su aburrimiento. Así que me voy.

El no hizo nada por retenerla; en su corazón se sostenía una lucha sorda y porfiada.

Gastón adivinó los motivos de aquella conducta y le reprochó:

—Siempre creí que eras incapaz de tomar en serio tus aventuras callejeras. Tú mismo te vanagloriabas de ello. ¿Qué ha pasado ahora para que cambies de este modo?

—Magdalena y yo estamos representando una comedia indigna—afirmó Andrés.

—Desengáñate: ella te ama.

—Ni ella ni yo nos hemos hecho nunca ilusiones acerca de nuestra condición de prometidos. Nos profesamos un afecto fraternal y nada más.

—Pero ¿y la otra?

Andrés no contestó. ¡La otra! ¡Ginette! Ni él mismo sabía lo que era de ella desde el día funesto en que, con sus palabras crueles, provocó la ruptura de sus relaciones. ¡Y qué admirable había estado! La recordaba ahora, y el recuerdo le abrasaba, aumentando su entusiasmo por aquella mujer digna y valerosa, fuerte en medio de su dolor.

Mas a pesar de su fortaleza, Ginette había caído rendida en la lucha que hubo de sostener para sofocar los gritos de su cariño cuando supo de labios de Andrés la suerte que le esperaba.

¡Cuántas horas de angustia se sucedieron desde entonces!

Perdida la razón, que la fiebre consumía, ella pasó los días en un letargo del que no salió hasta que los cuidados que le prodigaba su madre no la volvieron un poco a la vida.

El médico había dicho:

—La enfermedad de esta muchacha es una enfermedad de orden moral, en la que la eficacia de la ciencia es muy relativa.

Y Martel comprendió lo que el médico quería expresar. Y pensó en Andrés, cuyo padre había sido la causa de la dolencia de Ginette aun cuando esto último lo ignorase el padrino.

Precisamente Garnier, apremiado por sus propios deseos, convenía con su socio Dubois la fecha de la boda.

—Este matrimonio—decíale—será de gran utilidad para nosotros, porque afianzará nuestros comunes intereses.

Mientras tanto Andrés, no pudiendo vivir sin saber de Ginette, animóse a visitarla.

Supo entonces la enfermedad que la aquejaba y se avergonzó de sí mismo.

—¡Yo tengo la culpa!—pensó.

La orden del médico disponiendo que se evitara a la enferma toda suerte de impresiones, le impidió satisfacer su deseo de verla. Además, no se atrevía.

—La pobrecita se encuentra muy débil—le dijo la portera.—El médico no parece seguro de salvarla.

Andrés se aterroró. Extrajo de su cartera una tarjeta y entregósele a la portera con un billete.

—Aquí tiene usted mi dirección. Le agradeceré que me tenga al corriente del curso de la enfermedad. Para eso bastará con que me de un telefonazo por la mañana y otro por la tarde todos los días. ¿No se olvidará?

—No, señor.

El joven abandonó la casa con una desesperación sin límites y regresó a la suya sintiéndose fuerte para oponerse a su padre, aunque tuviera que romper con él.

¡No, no se casaría con Magdalena mientras tuviera esperanzas de recobrar el cariño de Ginette!

* * *

Para justificar sus prolongadas ausencias, la señora Sidonia, de acuerdo con Martel, puso a su marido en conocimiento de la enfermedad que sufría su hija.

Vincent no dijo nada al saberlo; sólo su rostro,

bruscamente contraído, reveló la impresión que le produjera la noticia.

Sin embargo, no habló de ir a verla, manteniéndose firme en su resolución de no perdonarla.

Tal severidad antojósele al pintor excesiva, y un día presentóse en la fábrica donde el contraamaestre prestaba sus servicios.

Aun cuando Vincent adivinó el motivo de la visita, preguntó con aparente indiferencia:

—¿Qué hay de nuevo?

—Que Ginette sigue mal.

—No me hables de ella.

Martel protestó:

Por fuerza, tú tampoco estás bueno, sino no dirías eso.

Vincent guardó silencio.

—¿Es que no piensas ir a verla?

El contraamaestre cerró los puños.

—No—contestó, clavándose las uñas en las palmas de las manos.

—¿Y si se muriese?

El padre, herido en sus temores, jadeó sofocado por la angustia.

—No estará tan enferma!—murmuró.

—¿Crees tú que si no estuviera grave hubiera dejado yo mi trabajo para venir de Montmartre a decirte lo?

Vincent cerró los ojos y repuso:

—Es el justo castigo de su falta... ¡Yo no tengo más que una palabra! ¡No quiero verla!

Ante la tenaz negativa, Martel se exasperó.

—¿Serás capaz de quedarte aquí, impassible, sabiendo que tu hija se muere?

En el transcurso de algunos instantes, los dos hombres se contemplaron vacilando.

—Lo que haces no tiene nombre! —concluyó el pintor.

Encaminóse a la puerta, volvióse antes de salir, acercóse de nuevo a Vincent y, fuera de sí, lo apostrofó:

—¡Eres un malvado, un padre sin entrañas!

El contramaestre volvió a cerrar los ojos para ocultar una lágrima. Sólo él sabía lo que estaba sufriendo. Y en el secreto de su alma pidió a Dios que salvase a Ginette, que no le arrebatase a Ginette, a su pobre hija, a la que él quisiera perdonar y que algún día perdonaría, por más que ahora no se sintiera aún con fuerzas para hacerlo.

¿Quién se lo impedía?

—Me ha hecho mucho daño —dijo en voz baja.

Era su sentido de la honradez, su profundo respeto a las esencias morales, lo que le impedía perdonar. El creíase deshonrado por su hija y había procurado matarla en su corazón, como si esto fuera posible. Y más que nunca, ella vivía en su alma, sin que él lograra desarraigar el cariño que le tenía.

Muy disgustado por el mal éxito de su misión, Martel dirigióse al piso de su ahijada.

—¿Ha venido el médico? —preguntó a la portera.

—Todavía no.

—¿Y la madre de Ginette?

—Entró un momento y volvió a marcharse.

—¿No ha habido entonces ninguna novedad?

La portera acordóse de Garnier.

—¡Ah, me olvidaba! Quien ha estado aquí fué un joven que me dejó su tarjeta y me dió el encargo de que le telefonase mañana y tarde comunicándole

el estado de la enferma... Es el mismo que venía antes a verla todos los días.

Martel leyó la tarjeta que le mostraba la portera:

ANDRES GARNIER

Pl. Malesherbes, 154

—Déjemela—dijo.—Me quedaré con ella, por si me hace falta... Sé quien es él, y si me guardo su tarjeta es porque yo perdí hace tiempo la que este señor Garnier me dió en cierta ocasión.

La mujer sonrió comprensivamente. No en vano era portera. Ella conocía la mitad de la verdad y tenía indicios de la otra mitad respecto de los secretos de los inquilinos.

Ginette tuvo un gesto de alegría al ver a Martel. Aun siendo grave su estado, se encontraba mejor.

—Voy a darte la medicina—le dijo el pintor.

Ella hizo un ademán de protesta.

—Vamos, pequeña; hay que ser obediente.

Martel tomó una botellita y llenó una cuchara que aproximó a los labios de la enferma.

—Abre la boca y cierra los ojos; es necesario que te pongas pronto buena.

—¿Para qué?

—¡Vaya una pregunta! Porque yo lo quiero... Ah, tómate esto de un trago.

Ginette cerró los ojos y abrió la boca, como le decían, aunque le molestase defender aquella vida

suya tan infortunada. Ciertamente, ¿para qué vivir después de haber presenciado la muerte de sus mejores ilusiones?

¿Para qué?

Reclinada en las almohadas, sus ojos resbalaban tristemente por las cosas.

—Tengo que marcharme—le dijo Martel.



—Abra la boca y cierra los ojos; es necesario que te pongas pronto buena.

El pintor había decidido visitar a Andrés y encaminóse a Malesherbes, con la esperanza de encontrarlo en su casa.

Al llegar frente al hotel de Garnier, se detuvo un poco perplejo. La suntuosidad del edificio le hizo recordar su primera conversación con el novio

de su ahijada. ¿No le había dicho él que no era rico?

El padre de Andrés apareció en la puerta del hotel.

Martel observó con detenimiento a este señor, cuyas facciones no le eran totalmente desconocidas.

En su memoria encendiéndose el recuerdo de una escena de años atrás, y vió cerca de sí, trabajando a su lado, a un muchacho que parecía un reflejo de aquel desconocido que acababa de salir del hotel y subir a un «auto».

—Perdón, ¿quién es ese caballero que ha subido al «auto»?—preguntó al portero.

Este lo miró de arriba abajo, y contestó con displicencia, como si le molestase cruzar la palabra con aquel modesto obrero de sombrero ladeado, ropa sucia y con los zapatos descosidos:

Es el señor Garnier.

Martel volvió a leer la tarjeta.

—Entonces, Andrés es su hijo—pensó.

Y mostrándole la cartulina al guardián del hotel, interrogó humildemente:

¿Sabe usted si está arriba el señorito?

El portero carraspeó:

—Ha salido.

—Es que yo tenía que verle... Pero ¿qué le vamos a hacer si no está?

Volvió sobre sus pasos. En su magín hervían una porción de ideas.

«De modo que este Garnier—decíase—es el hijo del otro y el otro es... ¡Hombre, esto se pone bien! ¿Quién había de decirme a mí que aquel muchacho y este Garnier, que es padre del otro, podían ser una misma persona?... Aunque acaso me equivoque...

¿Y si no me equivoco?... ¡Cálmate, Martel! Pronto sabrás la verdad.»

Así, monologando, marchaba el pintor, asombrado de las sorpresas que ofrece la vida. Sin duda, con sus medias palabras no había expresado claramente su pensamiento. Pero él no necesitaba decirse más para darse cuenta de las cosas. Lo cierto es que el encuentro le alegraba.

Apresuró el paso. Ginette se encontraría sola y no era conveniente que la muchacha estuviera sin tener a su lado alguien que la distrajera de sus preocupaciones.

Más allí se hallaba la anciana madre, que llegó a poco de marcharse Martel.

Para Ginette, la visita de la viejecita era la mejor medicina que podían darle, y la buena Sidonia, que lo sabía, procuraba complacerla, aun temiendo disgustar a su marido.

—Cuando estés buena vendrás a casa, con nosotros—le dijo la madre aquel día.

La enferma no la creyó. Si eso pudiera ser, su padre hubiese ido ya a verla.

—¿No te alegrará volver a vivir con tu pobre madre, en tu cuarto, rodeada de todo aquello que tanto quisiste en otros tiempos?

—¡Oh, sí—exclamó Ginette, abrazando a la viejecita.—¡Tré, mamá, iré!... ¡Quizá todavía vuelva a ser feliz!

—Pues claro, hija mía. ¿Por qué no has de serlo?

—¡Si pudiera olvidar!

Y Ginette sintió cómo se abría de nuevo la herida de su corazón.

* * *

Nada tan propicio para escenas íntimas y confidencias amorosas como los refugios sombríos y florecidos que ofrece un jardín. La juventud lo sabe, y cuando la fortuna y el amor la conducen hasta estos lugares regalados, sabe utilizar sus encantos buscando en su marco sitio adecuado a sus declaraciones apasionadas.

Esto es lo que hacía Faubert en los jardines que rodeaban el hotel de los Dubuis, en los que se celebraba una fiesta a la que asistían, entre otras personas, la mujercita con la que esperaba casarse.

Andrés descubrió a su amigo y lo felicitó:

—Enhorabuena: ya veo que aprovechas el tiempo.

La novia de Gastón se apresuró a dejarlos solos.

—¿Y qué hay de lo tuyo?—preguntó Faubert.

—Que ya estoy cansado de la farsa que represento y que no respondo de mí mismo. ¡Esto se hace intolerable y voy a acabar de una vez!

—¿Es que tú no amas a Magdalena o que Magdalena no te ama a ti?

Las dos cosas.

Gastón compadeciéndose de su amigo.

—Si tú me autorizas, yo hablaré con ella y le diré la verdad; así no podéis seguir.

—De eso estoy seguro.

La suerte quiso aquel día disponer las cosas de la mejor manera, y he aquí que Magdalena dijo a su padre:

—Con tu permiso, papá, voy a ver si encuentro a Andrés.

—Me parece bien, hija mía.

La muchacha se lanzó a recorrer las sendas del jardín. No había andado mucho cuando vió a Faubert.

—Me alegro de haberle encontrado. ¿No ha visto a Andrés?

—Sí, le he visto y, precisamente, iba en busca de usted para hablarle de él. ¿Puede concederme unos minutos?

—Todo el tiempo que usted quiera.

—Pues si le parece, nos sentaremos allí.

Se dirigieron a un banco colocado cerca de un macizo de hortensias y se sentaron.

—Ante todo—comenzó diciendo Faubert,—es preciso que una absoluta sinceridad presida nuestra conversación.

—De acuerdo—asintió Magdalena intrigada.

—Vamos a ver, contésteme a la siguiente pregunta: ¿está usted segura de que sus amores con Andrés son el fruto de un verdadero cariño? Entiéndame, de uno de esos cariños que conducen al matrimonio.

Aunque ella sabía a qué atenerse, por habilidad, por diplomacia, por astucia femenina, contestó:

—Hasta ahora lo creía así.

Supóngase entonces que el cariño de mi amigo por usted no es de los que ponen en peligro la vida del corazón... sino que es sólo un cariño fraternal...

—Supuesto—repuso ella seriamente.

Faubert empezó a darse cuenta de las dificultades que presentaba el asunto de que se había encargado.

—Usted sabe—añadió—que Andrés no es un muchacho que se fatigue reflexionando... El es un poco ligero... un poco loco... y... ¡si le digo que ahora

anda medio enamorado de una sombrerera sin importancia!

—¿Medio enamorado nada más?—preguntó Magdalena.

Gastón se inquietó.

—¿Sabe usted algo?

—Lo que usted me ha dicho.

De pronto la muchacha se puso en pie y tendió su mano a Gastón.

—En efecto—dijo.—Andrés es un poco loco. De todos modos, le agradezco a usted el rasgo de franqueza que ha tenido conmigo... Hasta luego.

Y sin añadir más, echó a correr, volviendo a reunirse con sus amigas.

—O es muy inteligente, o sabe disimular muy bien—pensó Faubert.—¿Qué es lo que hará ahora? Sea lo que fuere, ese granuja de Andrés ha tenido suerte. No quería casarse con ella y lo ha conseguido... Verdad que es más que probable que ella tampoco quisiera casarse con él...

Gastón movió la cabeza satisfecho de sí mismo y se alejó en busca de su camarada.

* * *

En el hogar de Vincent, la vida continuaba teniendo el ritmo triste que le diera la enfermedad de Ginette.

En silencio, los padres sufrían su dolor; y acaso él sufriera más que ella, puesto que no disfrutaba el consuelo de que gozaba su mujer yendo todos los días a ver a su hija.

—¿Sabes que Ginette está muy enferma?—le dijo Sidonia un día.

Vincent tuvo un gesto de cansancio, como si le fatigase oír hablar de la muchacha.

—Tal vez si tú fueses a verla y la perdonases, se curaría. ¡Si supieras cuán de veras desea pedirte perdón!

El hombre calló.

—Debes ir, Emilio—insistió la mujer.

Los sollozos acometieron la garganta del contramaestre, arañándose.

Inclinóse sobre la mesa para ocultar el rostro.

—Tú la quieres, Emilio... ¡No resistas más tiempo los impulsos de tu corazón!

Sintiéndose vencido, él pidió:

—¡No sigas hablándome!... ¡No me atormentes!...

Yo haré lo que debo.

Y Sidonia guardó silencio.

A la mañana siguiente, Ginette despertóse muy contenta y explicó a la portera los motivos de su alegría.

—He tenido un sueño muy raro. Soñé que descansaba en una hamaca y que unos perros muy nobles me defendían, velando mi sueño.

—Esa es buena señal—aseguró la portera.—Dicen que soñar con perros trae mucha suerte.

Las dos mujeres, sencillas y supersticiosas, comenzaron a exponer las teorías más absurdas acerca de los sueños. En su ingenuidad, lo creían todo; su fe en lo sobrenatural parecía animarlas a sobrellevar sus penas.

Y como confirmando su fe pueril, Vincent salió de su casa a la calle, anduvo errante sin saber qué hacer y, al fin, leyendo la dirección de su hija, encaminóse a verla.

Ginette hallábase todavía con la portera, que todas las mañanas entraba en su cuarto a primera hora para enterarse de cómo había pasado la noche.

—¡Bien puedes decir que has vuelto a nacer!—

exclamó la mujer, después de recordar los días que pasó la muerte a la cabecera de la enferma, como si su fin estuviese decretado por la diosa esquelética cuyas tijeras cortan el hilo de la existencia.

—Acaso fuera preferible que no pudiese decirlo—replicó Ginette con desaliento.

—¡No hables de morir! ¡Tan joven y tan bonita como eres!... A tu edad no se piensa en esas cosas.

Pero Ginette pensaba en la muerte muchas veces. El desastre de sus amores le hacía poco deseable la vida. Destruído el castillo de sus ilusiones ¿para qué vivir?

—¿Para qué?

—¡Llamaron, y la portera salió a abrir.

—¿Qué desea, señor?

—Ver a la enferma—contestó el contramaestre.

—Según orden del médico, la enferma no debe recibir visitas.

—La mía, sí.

—No insista, señor.

Vincent frunció el ceño, alzó la cabeza y afirmó de una vez:

—Yo soy su padre, señora.

Incorporada en el lecho, Ginette seguía pensando en su sueño, queriendo atribuirle un sentido optimista, pues su alma lo necesitaba.

En la puerta apareció Vincent. El padre y la hija se miraron largamente; ella con los ojos desorbitados, dudando de la realidad y él procurando resistir la emoción que le dominaba.

Y un grito alegre y triste, un grito del corazón, brotó de los labios de Ginette:

—¡Papá!... ¡Papá!... ¡Perdóname, papá!

Los brazos extendidos de la muchacha tendíanse hacia el contramaestre, y sacudido por su cariño

a la hija, Vincent la oprimió contra su pecho, sin decir nada, porque las ansias de su congoja no le permitían hablar.

—¡Si supieras cuán desgraciada soy!—gimió la joven.

El contramaestre se puso a acariciarla suavemente con toda su ternura.



—¡Tengo tanta pena, papá!... ¡He sufrido tanto!

—¡Tengo tanta pena, papá!... ¡He sufrido tanto!
Y confundidos en un abrazo, sonó la voz de Emilio:

—¡Hija... hija mía!...

Y aquel perdón fué para Ginette un rayo del sol de la esperanza, que disipó las sombras que entenebrecían su pensamiento.

EL TRIUNFO DEL AMOR

La situación delicada que le creó a Magdalena el descubrimiento del secreto sentimental de Andrés, fué resuelta por la joven de la manera más simpática.

La franqueza de su carácter había acogido sin falsos disgustos ni muestras de amor propio las revelaciones que le hizo Faubert.

Ella no se sintió herida porque su prometido la hubiese pospuesto a una humilde obrera. Encontraba, incluso, razonable su conducta. ¿No era acaso este descubrimiento lo mejor que podía haberles sucedido a los dos?

Quiso, sin embargo, que Andrés le confirmase lo que Gastón le había dicho, y, sin rodeos, le preguntó:

—¿Es cierto lo que acaba de decirme tu amigo Faubert?

En el primer momento, el joven anduvo indeciso entre contestar o no con sinceridad. Magdalena se dió cuenta de sus vacilaciones y añadió:

—Tú has confesado quererme como a una hermana, y entre hermanos no debe haber secretos. Vamos, ábreme tu corazón, con entera confianza.

Seducido por esta cordialidad, él refirió toda la

verdad, contándole la historia de sus amores. Cuando concluyó, Magdalena dijo:

—Siendo así, aplaudo tu conducta. Lo que debes hacer ahora es volver al lado de esa muchacha que tanto está sufriendo por culpa tuya.

—No me atrevo... ¡La he ofendido demasiado!—lamentóse Andrés desconsoladamente.



—Piensa, pequeña, que el mañana de los pobres está formado de esperanzas.

—Entonces seré yo quien vaya a pedirle que te perdone.

—¿Serías capaz de hacer eso?

—¿Por qué no? Además, tengo cierta curiosidad por conocer a esa Ginette, para juzgar si tu elección ha sido acertada.

Sin detenerse a pensarlo más, Magdalena fuése a ver a la enferma, con la que se encontraba Martel.

La postración moral de Ginette, aparte su decaimiento físico, habíase agravado en los últimos días.

Devorada por la pena, ella no conseguía resignarse a la pérdida de sus ilusiones.

Piensa, pequeña, que el mañana de los pobres está formado de esperanzas—decíale el padrino para animarla.—Si así no fuese, valdría más que nos arrojasen al Sena cuando nacemos.

En aquel momento llamaron a la puerta. Martel salió y encontróse con Magdalena.

—¿Usted me dirá?—preguntó él, galleando al ver a la muchacha.

—Deseo saludar a una señorita llamada Ginette Vincent.

—Lo siento mucho, señorita; pero Ginette se encuentra delicada de salud y el médico le ha prohibido recibir visitas.

—No importa—insistió Magdalena.—Necesito hablarla y no me marcharé sin haberla visto.

Martel sonrió, admirado de la entereza de la joven.

—¿Puedo saber quién es usted?

—Soy la novia de Andrés Garnier.

Bruscamente, el pintor cambió de actitud.

—¡La novia de Garnier!—exclamó, mirándola agresivamente.—¿Y se atreve usted?... ¿Qué es lo que viene a buscar aquí?

—Vengo a devolverle a Ginette Vincent lo que es muy suyo. ¡Vengo a traerle el remedio que ha de curarla definitivamente y la alegría que le falta!

Martel volvió a sonreír. Había temido encontrarse con un enemigo y he aquí que le anunciaban el término de los males de su ahijada.

—A ver, a ver... Explíquese usted. Acaso el señorito Andrés...

—El señorito Andrés—le interrumpió ella—está muy triste desde que Ginette cayó enferma. Más que nunca la quiere, y por eso me encargó que viniese a verla para pedirle que le perdona...

El pintor alzó los brazos al cielo.

—¡Bendita criatura!—dijo.—Ya que es mensajera de tan buenas noticias, no quiero que se vaya sin dárselas a quien más le interesan... Pase, pase usted.

Abrió la puerta y, franqueándole la entrada, anunció:

—Te traigo una nueva cliente, Ginette: la señorita Dubois... No la mires con prevención, porque es amiga tuya.

La enferma miró con recelo a su visita.

—Voy a dejaros para que habléis con más libertad—añadió el pintor.—Pocas palabras y bien dichas es lo que hace falta.

Martel se retiró, cerró tras sí la puerta, cogió uno de los sombreros de Ginette, se lo encasquetó y siguió haciendo tonterías. Estaba tan contento que, no sabiendo cómo dar forma a su alegría, se puso a hablar solo:

—¡Vaya una chiquilla! ¡Cuidado que es bonita! ¡Y qué buena!... Me parece que me voy a enamorar de ella. ¡Bueno!... No, bueno no, malo... peor aun... ¡No sé lo que me digo!... ¿De qué estarán hablando? Si me atreviera...

Pero no se atrevió y quedóse en su puesto, sintiendo la comezón de la curiosidad.

Ginette y Magdalena, pasada la confusión de los primeros momentos, iniciaron un diálogo amistoso. La desconfianza de la enferma se desvaneció

oyendo a la prometida de Andrés, la cual expuso con la mayor concisión posible el motivo de su inesperada visita.

Ginette prestó a sus palabras una atención profunda, y poco a poco en su rostro se reflejaron los sentimientos que la conmovían.

Yo espero—concluyó Magdalena—que, después de lo que le he dicho, usted no tendrá inconveniente en perdonar a Andrés. Ciertamente que él la ofendió, pero lo hizo de una manera inconsciente, turbado como estaba por la escena que acababa de tener con su padre.

La hija de Vincent, impresionada por la extraña intervención de la señorita Dubois, creyendo ver en su conducta un afán admirable de sacrificio, replicó:

—Yo no acepto la felicidad al precio a que usted me la ofrece. ¡Renuncio a ella! Me resigno con mi sacrificio antes que sacrificar a nadie.

—¡Si no se trata de un sacrificio, por parte mía! Compréndame: Andrés y yo nunca nos hemos querido más que como hermanos, aun cuando nuestros padres supusieran otra cosa.

—No, no; eso nunca—protestó Ginette, obsesa por su primera idea.—Prefiero que la dicha con que usted me brinda, sea para usted...

Llévosc el pañuelo a la boca para ahogar un gemido y añadió:

—...para ustedes dos.

Luego, ya más dueña de sí, dijo:

—¡Para mí todo ha terminado!... Procuraré refugiarme en el olvido y quizás logre matar en mí el recuerdo.

Le costaba un visible esfuerzo expresarse de este modo. En vano trataba de ocultar la inten-

sidad de su pasión, que se sentía latir en sus palabras, palpar en sus labios y asomarse a sus ojos, en los que temblaban las lágrimas.

—Lo que usted tiene que olvidar son sus propias penas—observó Magdalena.—¡Perdónele!

—¡Imposible! Me ha hecho sufrir mucho.



—Lo que usted tiene que olvidar son sus propias penas. ¡Perdónele!

—¿Y usted cree que él no ha sufrido?... ¡Dura ha sido la expiación de su debilidad!

Volviendo la memoria al pasado, Ginette, en un brusco arranque del dolor que le producían las heridas causadas por Andrés, sollozó:

¡Ah! El destrozó mi vida, mi fe, todo... ¿Por qué no me enviará Dios la muerte?

Magdalena le cogió las manos, y con voz acariadora, llena de persuasión, trató de calmarla:

—Oígame, Ginette... Es una amiga quien le habla, y aunque esta amistad sea de ahora, yo le aseguro que no por eso es menos firme... Usted tiene derecho a ser feliz todavía, y para serlo le basta con perdonar a Andrés...

En los ojos de la enferma encendiéndose una luz de esperanza.

—¿Es que duda usted de su cariño?—preguntó la señorita Dubois.

Ginette inclinó la cabeza, asintiendo. ¿Cómo no iba a dudar, después de lo ocurrido?

—Pues yo le respondo de él. ¿Por qué entonces rechazar su arrepentimiento? ¿Por qué no abrir las puertas a la felicidad? Ginette, dulce amigueta mía, oiga usted la voz de su corazón y siga sus consejos.

Mientras hablaba Magdalena, la hija de Vincent estuvo luchando por resistir los impulsos de su alma. Lentamente se esclareció su rostro y la piel de su frente se puso tersa, haciendo desaparecer las arrugas, que son los abismos donde germinan las inquietudes. De pronto abriéndose a la esperanza, besó las manos de aquella encantadora mensajera.

—¡Bendita usted que me devuelve la vida!

De nuevo recobraba su fe, su antigua fe en el cariño de Andrés. Ya no dudaba. Magdalena había llevado el convencimiento a su ánimo, y ella creía, como en sus mejores tiempos, en las promesas que él le hiciera. Otra vez alentaban sus ilusiones, y de las cenizas del amor agonizante renacía su pasión, más viva y elocuente que nunca.

Preguntó por Andrés, quiso saber cómo había sobrellevado su pena, la impresión que le produ-

jera su enfermedad y mil y mil cosas de las que la señorita Dubois, entusiasmada de Ginette, le hizo relación detallada.

Mientras tanto, Martel, adornado con un sombrero de mujer, paseábase por delante de la puerta, esperando el resultado de la entrevista.

Aunque no había bebido aquel día, daba la impresión de estar un poco mareado. Porque él, hombre sencillo y nobilote, se embriagaba no sólo de alcohol sino también con la espuma de la bondad.

Acercóse a un espejo y contemplóse con agrado, satisfecho de ver lo bien que le caía el sombrero de Ginette.

—Hasta de mí mismo me enamoro—comentó.—¿Seré idiota?

Sus labios se unieron, como si fuesen a dar un beso. Aproximó el rostro al azogado cristal, y ya iba a besar su imagen cuando se abrió la puerta de la habitación de la enferma.

—¡Muy elegante!

Martel volvióse a Magdalena y agradeció el elogio, sin revelar la menor confusión.

—Nosotros, los artistas, somos como niños grandes—dijo.—Cualquier cosa nos divierte.

—Ya lo veo.

—¿Y qué?—preguntó el pintor.—¿Se han hecho ustedes amigas?

Todo se ha arreglado; puede usted estar tranquilo.

—¡Eso ya lo sabía yo!—exclamó el padrino con febril entusiasmo.—Es usted una chiquilla como no hay otra... Permítame que le dé un beso en la frente.

Magdalena se hizo atrás riendo y ofreció la mano a aquel alegre compadre.

—Adiós, señor Martel... Pronto volveré por aquí. La señorita Dubois encaminó sus pasos al hotel de Garnier.

—He subido, exclusivamente... a saludarle a usted—dijo, mintiendo sin rebozo, al socio de su padre.

Cruzó con él unas cuantas palabras y se dirigió a Andrés, que la miraba ansiosamente, sin atreverse a decirle nada.

Los dos se retiraron para hablar sin testigos de vista ni oídos indiscretos.

—Vengo de estar con ella—comenzó diciendo la señorita Dubois.—Es una chiquilla encantadora.

—¡Verdad que sí?—preguntó él.

—No te la mereces.

—Pero ¿qué te ha dicho?

—Nada de impaciencias—observó la joven burlescamente.—Ginette es una mujercita con la que no se puede jugar.

—¡Dímelo todo de una vez!—exclamó con angustia.—¿Me ha perdonado?

Magdalena no contestó, gozándose en la turbación de su ex prometido; pero como observase que él empezaba a desesperarse, puso término a aquel suplicio.

—Te espera, dispuesta a perdonarte—dijo.—La pobrecilla te quiere mucho más de lo que te imaginas.

Andrés estrechó las manos de su amiga, expresándole, con un silencio lleno de sentido, el agradecimiento a que se obligaba por su generosa intervención.

—Desde hoy—añadió ella—seré la protectora de estos amores... Y conste que no lo hago tanto por ti como por Ginette.

—Yo te lo agradeceré lo mismo.

Garnier advirtió la intimidación con que hablaban los jóvenes y se dijo:

—Hay que apresurar la boda de esos muchachos. Hablaré de esto a Dubois.

Un nuevo sol se había encendido para desvanecer las sombras que pesaban sobre las almas de los que hasta entonces tuvieran que comulgar con el dolor.

Sin embargo, la señora Sidonia estaba triste. Pensaba en su hija enferma, alejada de los gozos familiares por la severidad del contraamaestre.

La pobre vieja ignoraba aún que su marido acababa de dejarse vencer por el deseo de perdonar.

De vuelta del trabajo, Vincent notó que su mujer tenía los ojos llorosos.

—¿Por qué estás triste?

La buena madre fijó los ojos en Emilio con mudo reproche.

—¿Es que te acuerdas de Ginette?—preguntó él. Sidonia abatió la cabeza.

—Tranquilízate y no llores más.—La pequeña se encuentra mejor... mucho mejor que ayer.

—¿Cómo lo sabes?

—He estado a verla.

—Eso no es cierto: me engañas para consolarme.

Vincent puso las manos en la cabeza blanca de su compañera, acariciándola.

—¿No me quieres creer?

—No es que no quiera...

Truncóse la voz de la viejecita en un sollozo de alegría.

—...es que no me atrevo a creerlo.

—Ya se lo preguntará entonces a ella misma—concluyó Vincent, y su rostro, al hablar, mostróse tan alegre, que Sidonia creyó lo que él le decía.

Con un súbito impulso, la mujer enlazó los brazos al cuello de su esposo.

—¡Gracias, Emilio!—exclamó.—Gracias por ella y por mí. ¡Cuánto bien acabas de hacerme!

Decidida aliada de Ginette y Andrés, Magdalena estudió un plan para que sus protegidos pudieran vencer los obstáculos que se oponían a la santificación de sus amores.

Astucia, hechizos, genio, ternuras, toda la artillería femenina entró en juego con este objeto.

Lo primero que hizo la joven fué conquistar a sus padres, atrayéndolos a su partido.

El mismo día de su visita a la enferma, aprovechando la oportunidad de que ellos estuvieran juntos, empezó a desarrollar su plan.

Con un halago, una zalamería y una caricia inició el ataque.

Sus padres se hallaban reunidos en el salón de lectura, comentando las incidencias del día.

Magdalena atisbó la expresión de sus rostros y, creyendo oportuno el momento, se les acercó.

—Si no te adorase tanto, sentiría celos de ti, mamá... Cada día estás más joven y más guapa...

La señora Dubois recogió en las mejillas el beso que le ofrecía su hija.

—También te encuentro a ti cada día más distinguido y elegante, papá... Estás hecho un pollo, como si no notases el paso del tiempo.

El señor Dubois puso su frente bajo los labios



—...Ayer, por ejemplo, quería casarme con Andrés, y hoy... no lo puedo tragar.

de la joven, la cual, después de preparar de este modo sus baterías, añadió:

—Me consta que los dos queréis mucho a vuestra Magdalena y que le evitaréis todo disgusto, por ligero que sea. ¿No es verdad?

Sin adivinar el fin que perseguía su hija, los

padres se miraron con irónica desconfianza. Presentían que ella les iba a pedir algo, pero estaban muy lejos de suponer cuál era la petición que los amenazaba.

—Ya sabéis que soy muy caprichosa—prosiguió la muchacha.—Ayer, por ejemplo, quería casarme con Andrés, y hoy... no lo puedo tragar.

La señora Dubois se volvió con asombro.

—¿Qué dices?... ¿Te burlas de nosotros?... Tú estás enamorada de Andrés.

—¡Iso creía yo—repuso Magdalena,—pero no es así... ¡Una equivocación la tiene cualquiera!

—¿Y quién se atreve ahora a decirselo a él? ¡Es capaz de volverse loco!

—Al contrario; enloquecerá de alegría... ¡Yo sé que ama a otra mujer!

Los Dubois se asombraron aun más de lo que estaban. No comprendían o comprendían mal lo que les decía su hija.

—No os preocupéis. Andrés y yo estamos perfectamente de acuerdo, y aunque ya no seamos prometidos, no por eso nos odiamos, ni mucho menos.

—¿Has pensado en lo que dirá su padre?—preguntó el señor Dubois, cuya perplejidad iba en aumento.

—Lo he pensado todo—aseguró Magdalena.—Vosotros no tenéis que decirle nada al señor Garnier. Eso corre de mi cuenta; ya veréis cómo le convenzo.

Dubois y su mujer se consultaron con los ojos. Era ella, su hija única, cuyo corazón conocían, la que desbarataba de pronto un proyecto concebido hacía mucho tiempo. ¿Mas qué hacer ante un hecho consumado?

—Tú sabrás, Magdalena, qué es lo que te conviene—dijo la madre.—De momento, nosotros ni te aplaudimos ni censuramos.

La muchacha besó repetidamente a la señora Dubois.

—¡Ah, mamita, qué buena eres!... Quedamos, pues, en que me prestaréis vuestro concurso.

Nada de compromisos—apresuróse a decir Dubois.—Nosotros permaneceremos neutrales.

* * *

A todo esto, Andrés corría a casa de su amante subía al piso como una tromba, entraba en la habitación de la enferma, casi restablecida desde su conversación con Magdalena, y se entregaba a las más locas muestras de alegría viendo a Ginette abrirle los brazos para perdonarle.

—¿Es verdad que me perdonas?

—Sí, te perdono y olvido todos mis sufrimientos para quererte más que antes, si esto es posible!

Fueron aquellos instantes gloriosos como una magnífica anunciación. Vehementes y apasionados, ellos disfrutaban la alegría de aquel encuentro, que los devolvía el uno al otro, cuando ya se creían perdidos.

Gritos, besos y risas brotaban de sus labios. Atropellábanse al hablar, y eran tantas las cosas que deseaban decirse que no acertaban con la expresión justa.

Martel, que había visto entrar a Andrés, se quedó fuera, frotándose las manos de gusto.

—¡Esto sí que es bueno!—exclamaba.

Y no ocultó su gozo cuando, poco después, aparecieron los padres de Ginette.

No podían ustedes haber llegado más oportunamente. El señorito Andrés está aquí.

Vincent cerró los puños encolerizado.

—Mejor hubiera hecho en no cruzarse en mi camino.

Temiendo una violencia, el pintor aconsejó a Sidonia:

—Procure usted entretenerlo, mientras yo prevengo a los novios.

Pero Andrés no se inmutó al saber que los padres de Ginette acababan de llegar.

Lo mejor será que se marche usted—le dijo.—El padre de ésta es hombre capaz de todo.

—¿Y qué quiere usted que yo haga?—preguntó el joven.—No sé por qué ese señor no ha de acogerme bien.

—Pues yo sí sé que tiene usted una probabilidad de salir por la puerta, y noventa y nueve de salir por la ventana.

Andrés no vaciló.

—De todos modos, me quedo.

Un poco inquietos, no obstante la confianza que les daba la fuerza de su cariño y la nobleza de su causa, Ginette y su amante vieron entrar a Vincent.

Con un movimiento instintivo, Garnier tendió su mano al contramacstre, quien, sin aceptarla, preguntó:

—¿A qué ha venido usted aquí?

—A cumplir con mi deber. ¡A devolverle la felicidad a su hija, casándome con ella!

La respuesta desarmó a Vincent, y su mano fuerte estrechó la que le ofrecía Andrés.

—Lástima, joven, que siendo tan honrados sus propósitos, hayamos sido todos víctimas de una misma desgracia.

Vincent miró a su hija, encendida y ruborosa, que abrazaba a su madre.

—Mas, en fin añadió,—olvidemos lo que ya no tiene remedio, procurando con nuestra conducta borrar el pasado.

—Bien dicho, Emilio—aplaudió el pintor.

El nuevo sol de la esperanza iba disipando con sus rayos las tinieblas de las sufridas angustias. Aun quedaba, sin embargo, un punto oscuro en el horizonte: el padre de Andrés.

Magdalena se encargó de proyectar el rayo de luz que había de despejar por completo el horizonte.

Su plan era sencillo. Dubois, no obstante, no lo juzgó fácil.

—¡Tú estás loca de remate!—afirmó, después de oír a su hija. —¡Mira que querer presentar Ginette a Garnier!...

—La muchacha que presentaré a tu socio será una prima imaginaria de Nancy—replicó ella.

—¿Qué disparate es ese?

Magdalena se desentendió de la pregunta.

—Tú me ayudarás—dijo a su madre.—Ahora me marcho; voy a buscar a mi prima.

—¡En buen lío nos ha metido esta chiquilla!—comentó Dubois, cuando su hija los dejó.—Veremos lo que resulta de todo esto.

Poco después, Magdalena explicaba su proyecto a Ginette.

—Siga usted mis instrucciones y véngase conmigo. Yo respondo de todo.

En su afán de conquistar el derecho que tenía

a ser feliz, Ginette sometióse gustosa a la voluntad de su protectora.

Haré lo que usted me ordene.

Una sonrisa de triunfo jugaba en los labios de la decidida señorita Dubois.

Los padres de Ginette la oían encantados.

—¿Cómo podré yo demostrarle a usted mi profundo reconocimiento?—preguntó Sidonia.

—Permitiéndome que le dé un beso—fué la respuesta de Magdalena.—¡Quién sabe si a cambio de la felicidad que yo le doy, recibiré la que también espero!

Y al decir esto acordóse del marino, de aquel muchacho que fuera su primer novio y que se hallaba en el lejano Tonkin.

De acuerdo con su hija, los Dubois fueron a ver a Garnier, en el hotel del cual no tardó en presentarse Magdalena acompañada de la amante de Andrés.

—Esta es la muchacha de que os he hablado, Ginette Vincent. ¿Qué, no es adorable? Pues tanto o más que su rostro, lo es su corazón.

Hechas las presentaciones, la señorita Dubois continuó:

—Tened en cuenta que, desde hoy, Ginette se llamará Arlette y que es prima mía.

En seguida acercóse a Garnier y se la presentó:

—¿Qué le parece a usted mi prima?

Garnier tuvo una galantería para la joven, a la que, realmente, juzgaba encantadora.

Y los Dubois convinieron en que su hija tenía razón.

—Es ya demasiado tarde para retroceder—hizo

notar el marido a la mujer.—Ahora no nos queda otro recurso que ayudarla a ganar la partida.

Lejos de allí, Martel, con su filosofía de hombre sano, de verdadero hijo del pueblo, decía a la madre de su ahijada:

Créame usted, Sidonia. Yo tengo la convicción de que Ginette será todavía feliz. El sol brilla lo mismo para los pequeños que para los grandes.



Algunos días más tarde, en una posesión de los Dubois, secundada por los encantos de Ginette y la complicidad de sus padres Magdalena desarrollaba su plan, de cuyo buen éxito no dudaba viendo que para Garnier no existía en el mundo una mujer más exquisita que Arlette.

Una mañana, Magdalena dijo a la hija de Vincent:

—Hoy quiero dar la batalla decisiva, y necesito revestirla a usted de los mayores atractivos posibles.

Ginette se prestó a los caprichos de su nueva amiga, que la hizo adornarse de manera que su belleza se mostrase en todo su esplendor.

—Está usted irresistible, comentó Magdalena, satisfecha de su obra.—Como para batir el recorde de la seducción.

Así debía ser, en efecto, pues en cuanto Garnier

descubrió a la joven acercósele a felicitarla por la elegancia y el buen gusto de su *étollette*.

La señorita Dubois procuró dejarlos solos.

Garnier invitó a la supuesta Arlette a dar un paseo por el jardín, deteniéndose con ella en un mirador que daba sobre un riachuelo.

Allí fué a sorprenderlos Magdalena.

—Sin duda estaba usted, Arlette, escuchando el melodioso canto de los pájaros—dijo maliciosamente.

Y mirando a Garnier, añadió:

—Y usted hacia de ruiseñor. ¿Qué apostamos?

—Yo soy un ruiseñor que ya no sabe cantar—respondió el padre de Andrés.—Cantaría, sin embargo, muy a gusto, si las circunstancias me lo permitiesen.

Empinándose en la punta de los pies, la señorita Dubois le aconsejó, hablándole al oído:

—Por lo que pueda suceder, asegúrese usted de incendios.

Aquella noche, con motivo de una fiesta, Magdalena se propuso llegar al desenlace de su plan, y anunció a su madre:

—Voy a lanzarme al ataque. Cuento contigo por si vienen mal dadas. Avisale también a papá.

Sonriendo aproximóse a Garnier, que no se separaba del lado de Arlette, y lo llamó aparte:

—¡Venimos que hablar seriamente y sin testigos.

El socio de Dubois le ofreció el brazo y se dirigieron a un saloncito, separado del salón de baile por un pequeño corredor abierto en forma de gabinete.

—¿Qué misterio es ese? preguntó Garnier, tomando asiento en un sofá cerca de la joven.

Magdalena comenzó por la parte más difícil.

—Tengo que confesarle que yo no puedo casarme con Andrés.

—¿Quieres burlarte de mí?

—Nada de burlas. Yo amo a un hombre, y ese no es su hijo.



—Tengo que confesarle que yo no puedo casarme con Andrés.

Garnier adivinó algo que se aproximaba a la verdad. Recordaba el proceso de aquellas relaciones: las quejas de Magdalena por la conducta de Andrés y, luego, la revelación de éste al decirle que estaba enamorado de una obrera.

Hombre impetuoso, enemigo de enigmas, no

pudo ocultar la irritación que le producía la nueva actitud de la hija de su socio y se lo dijo:

—¡Basta de fingimientos!... ¡Esto es una comedia vuestra!... ¡Quiero saber al verdad!

Sin acobardarse, Magdalena replicó:

—La verdad es la que le he dicho... Ahora le ruego que no se incomode y que piense un poco con el corazón... Escúcheme.

Serenamente, con palabras enérgicas, en las que no se advertían vacilaciones, prosiguió:

—Entre Andrés y yo no existió nunca otra cosa que un buen afecto, más de amigos que de prometidos... Yo he entregado mi cariño a otro hombre, como él entregó el suyo a otra mujer...

Garnier intentó interrumpirla, pero ella no le dejó.

—Dígame, ¿no encuentra usted que Arlette es una mujer deliciosa? Recuerde que ayer me dijo que ella sería para usted la compañera ideal.

Garnier no quiso oír más. Bruscamente separóse de la joven y buscó a su hijo.

—Veo que estimas muy poco el respeto que le debes a tu padre—le dijo con aspereza.

—¿Por qué?—preguntó el muchacho.

—¿Conque te has enamorado de Arlette?

Andrés guardó silencio.

—¡Contesta! ¡Te lo mando!

—Sí, estoy enamorado de ella... Pero esa mujer no se llama así ni es prima de Magdalena... Es Ginette Vincent, la obrera a la que he dado promesa de matrimonio.

Garnier dió rienda suelta a su furor. Sentíase burlado y creíase escarnecido por aquel juego en

el que, sin darse cuenta, hiciera un papel de comparsa.

—¡Ah! ¿Conque estabais de acuerdo para arrancarme un consentimiento que me resistía a dar? dijo. —Pues bien, jamás te casarás con esa mujer, ¿te enteras?... ¡Esta es mi última palabra!

Y así concluyó la intervención de Magdalena en los amores de Ginette y Andrés. Su buen deseo no había bastado para vencer la voluntad contraria de Garnier.



Al día siguiente, Sidonia y Martel se hallaban reunidos con Ginette esperando a Andrés para que les dijera el desenlace que había tenido el proyecto de la señorita Dubois.

Temían y recelaban el resultado, a pesar de las seguridades que les ofreciera Magdalena.

Y Andrés vino a confirmar sus temores, apareciendo desolado.

Brevemente contó lo que había sucedido, y las palabras finales con que concluyó su relato no pudieron ser más desalentadoras.

—Una negativa brutal, despiadada, ha sido la respuesta de mi padre a mis súplicas!

—¡Dios mío!—gimió Ginette.—¿Qué va a ser de nosotros?

—¡Tan confiado como estaba tu padre! ¡lamentóse Sidonia con su hija.—¿Quién le va ahora con esa mala noticia?

Martel no dijo nada. Su frente habíase oscurecido. Volvió a recordar la escena que había evocado, días antes, al ver a Garnier, y como buen artista que sabe buscar la inspiración en las fuentes del dolor, su pensamiento le señaló súbitamente la conducta que debía seguir.



—¡Dios mío! ¿Qué va a ser de nosotros?

Sin despedirse, de una manera sigilosa, abandonó a su ahijada.

—Esto va a cambiar antes de cinco minutos—se dijo, poniéndose el sombrero y bajando las escaleras.

A los pocos minutos hallábase delante del domicilio de Garnier, en el que entró sin mirar atrás.

En la puerta del primer piso, un criado le detuvo para hacerle la siguiente advertencia:

—Por esta vez, pase; pero si vuelve a venir a esta casa, no se olvide de subir por la escalera de servicio.

—Enterados—repuso Martel.—Dile a tu señor que deseo verle.

—¿De parte de quién?

—De la mía... Somos antiguos conocidos. No estará de más, sin embargo, que le pases esta tarjeta—dijo entregándole la que conservaba de Andrés.

Su desparpajo impresionó al criado, que le dejó pasar, yendo en seguida a prevenir a Garnier.

Este se presentó un poco extrañado después de ver que la tarjeta era de su hijo.

—¿Quién es usted?—le preguntó, sin aceptar su saludo.

—Un artista.

—Su nombre es lo que deseo saber.

—Por lo pronto no soy para usted más que el padrino de Ginette Vincent.

El rostro de Garnier se aborreció.

Mi ahijada—añadió el pintor friamente—es una obrera, que, además de ser bonita, tiene estas dos virtudes: honradez y laboriosidad... Ella y el hijo de usted se quieren... Tienen perfecto derecho a quererse, un derecho comprado a muy alto precio.

Se detuvo un instante para observar a su interlocutor y preguntó de pronto:

—¿Por qué se opone usted a que sean felices?

Dueño de sí mismo, creyéndose árbitro de la situación, Garnier repuso con serenidad:

—Yo no le discuto los méritos de su ahijada. Ahora que, mi voluntad, es inquebrantable... Andrés sólo se casará con una muchacha de su posición social.

—¿Cuál es su *posición social*?

El pintor lo miraba irritadamente. Había llegado el instante de jugarse el todo por el todo, y no vaciló.

—¿Ya no te acuerdas del padre Mourichon, el maestro blanqueador con quien trabajabas, lo mismo que yo, allá por el año 92, rascando las paredes?

Garnier tuvo un movimiento de sorpresa y observó a Martel con detenimiento, queriendo reconocerlo.

—Hoy no llevas en los brazos chorretones de aceite—prosiguió el pintor,—pero todavía conservas restos de albayalde en las uñas y aun huesos a trementina.

El padrino de Ginette lo conocía bien y fué apurando, uno a uno, los recuerdos de aquellos días en que el hoy enriquecido socio de Dubois no era más que un peón de albañil.

—¿Y tu matrimonio?—continuó.—¿Quién fué tu mujer?... ¿No fué una humilde obrera a la que adoraste con toda tu alma?

Las palabras de Martel hicieron retroceder el tiempo y los recuerdos del pasado humilde en los que puso con su tenacidad y su trabajo los jalones de su actual fortuna, y acabaron por emocionar a Garnier.

—¿Te acuerdas de nuestros almuerzos en aquel café donde bebíamos el «champagne» en jarros de vino?... De uno de ellos, yo salí borracho perdido...

y aparecí al día siguiente en el túnel de Bati-gnolles... Acuérdate, acuérdate de todo esto... Nada perderá con ello tu *posición social*.

—Es que tanto mi hijo como tu ahijada han pretendido burlarse de mí, y eso no lo perdonaré nunca—replicó Garnier, atrincherándose en el reducto de su vanidad ofendida.

—¡Conque te domina el orgullo!... El orgullo de tu caja de fondos... el que mata al corazón!... ¿Es eso lo que queda del hombre honrado y laborioso que fuiste en otros tiempos? ¿Acaso reniegas de tu pasado, como si el ser trabajador fuera denigrante? ¿No ha sido el trabajo la base de tu riqueza?

Batido en todo aquello que constituía su caudal moral, alcanzado en sus sentimientos más íntimos por los reproches de su antiguo camarada, el padre de Andrés callaba, sin atreverse a extremar su resistencia.

Pero la emoción lo había ganado, entrándosele en el alma y removiendo la historia de su vida.

Martel comprendió que ningún instante como aquél para reducirlo, animándole a transigir y renunciar a una oposición sin fundamento, más que razonada caprichosa.

—Tú no eres malo—le dijo.—Las lágrimas quieren asomar a tus ojos... No las contengas. Esas lágrimas demuestran que tu corazón no se ha corrompido todavía.

La cordialidad y la ternura que palpitaban en la voz del pintor produjeron en Garnier el efecto esperado. Sus manos enjugaron los ojos, que acababan de purificar su alma con el bautismo puro del llanto, y estrecharon, luego, las del buen Martel,

su antiguo compañero de trabajo en los días ya lejanos en que los dos empezaban el rudo aprendizaje de la vida.

Días después Andrés y Ginette, vencida la tenaz resistencia de Garnier gracias a la eficaz intervención del padrino, se casaban.

En la fiesta de sus bodas, todas las alegrías se citaron.

Helos aquí, ahora, dispuestos a emprender su viaje de novios, levantando el vuelo hacia una nueva vida, la vida venturosa de sus sueños.

El tren va a partir. Reunidos en el andén se encuentran, rodeando a la feliz pareja, los padres de Ginette, Garnier y Magdalena.

Se oye el pito de la máquina.

—Vamos, Ginette, sube en seguida—dice Andrés.

—Pero ¿y el padrino?—pregunta ella.

Rujo, sofocado, apareció corriendo Martel, vestido con su traje de fiesta, las puntas de la chalina flotándole a los lados de la cara y el sombrero ladeado.

—No quería presentarme a despediros sin traer un ramo de flores para la novia.

Ginette cogió el espléndido ramo y abrazó al pintor.

—¡Adiós!... ¡Que seáis muy felices!... Y nunca olvidéis, Ginette, que en la copa de vuestra felicidad ha derramado unas gotas tu padrino, el pintor Martel.

El tren se puso en marcha. Las manos de los que se iban, lo mismo que las de los que se quedaban,

agitaron pañuelos y sombreros enviando un último adiós.

Y lejos ya el tren, Martel continuó mirando el camino de hierro por el que se iban Ginette y Andrés hacia el mundo dorado de sus ilusiones.

El había contribuido a que se realizase aquel matrimonio, y la alegría de saber dichosos a los novios puso en sus ojos un hervor de lágrimas.

:: F I N ::



TÍTULOS

DE LOS LIBROS PUBLICADOS

EN LA

BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

La Mendiga de San Sulpicio

(de Xavier de Montépin)

La Madona de las Rosas

(de Jacinto Benavente)

Los Diez Mandamientos

(por Cecil B. de Mille)

Honrarás a tu Madre

(por Mary Carr)

Los Hijos de París, o

La Novela de una Obrera

(de León Sazie)

EN PRENSA: Gran Acontecimiento

Precio de cada libro: UNA PESETA

FORME USTED
SIN VACILAR LA

BIBLIOTECA FEMENINA

DE

LA NOVELA FILM

y se deleitará con la lectura
de excelentes asuntos

LUJOSA PRESENTACIÓN

PORTADA A TINTOROMÍA

PROFUSIÓN DE ILUSTRACIONES
FOTOGRAFICAS

BUENA LITERATURA

Compre usted todos los martes LA NOVELA FILM

PUBLICACIÓN SELECTA SEMANAL

PRECIOS:

NÚMEROS CORRIENTES: 30 Cts.

ESPECIALES: 50

Relación de números publicados

N.º	NOVELA	POSTAL-REGALO
1	Los Guapos o Gente brava	El prisionero de Zenda (escena)
2	Las dos riquezas	El joven Madardus (escena)
3	Vanidad femenina	La Batalla (escena)
4	Los cuatro jinetes del Apocalipsis	Los enemigos de la mujer (escena)
5	Las esposas de los hombres ricos	Violetas imperiales (escena)
6	Derling, el negro	Rosita, la cant. callej. (escena)
7	En poder del enemigo	Thomas Melghan
8	Hellorropo	Babe Danville
9	Corazón triunfante	Douglas Mac Lenn
10	Por la puerta de servicio	Rheta Clayton
11	Machucación	Charles Ray
12	El Indomado	Vivian Martin
13	Cómo aman las mujeres	Roscoe Arbuckle (Fatty)
14	La tía de la novia	Edith Bennett
15	Por salvar a su madre	Wallace Reid
16	Juguetes del destino	Louise Legrand
17	El saldo pendiente	William S. Hart
18	Los Miserables (especial)	Mary Miles Minter
19	De florista a millonaria	Dustin Farnum
20	El crimen del Millicent Pa-lais	Bessie Love
21	La coqueta irresistible	Ramón Navarro
22	El secreto profesional	Mabel Normand
23	De cara a la muerte	Herbert Rawlinson
24	Valiente luna de miel	Lola Wilson
25	El canto del amor triunfante	Antonio Moreno
26	El Detective	Pearl White (Perla Blanca)

N.º	NOVELA	POSTAL-REGALO
27	El Martirio del vivir	William Farnum
28	Odette (especial)	Dorothy Phillips
29	Al borde del abismo	Georges Biscot
30	El milagro de Lourdes	Agnes Ayres
31	El caballo de carreras	Douglas Fairbanks
32	Su señor y dueño	Constance Talmadge
33	La Madreclita	Rodolfo Valentino
34	La Pimpinella Escarlata	Shirley Mason
35	Gorrón de Ciudad	J. Warren Kerrigan
36	La novela de una estrella de cine	Pauline Frederick
37	La Huida de Homero (especial)	Monty Blue
38	¡Soy inocente!	Pola Negri
39	La alegría del batallón	Jackie Coogan
40	La papelera de empeño	Mary Carr
41	El eterno Don Juan	Victor Varconi
42	Los mártires del arroyo	Lillian Gish
43	Fanny, la viuda romántica	Alberto Capozzi
44	El tío pascuero	Rya May
45	Locura, imprudencia y abandono	Tom Mix



